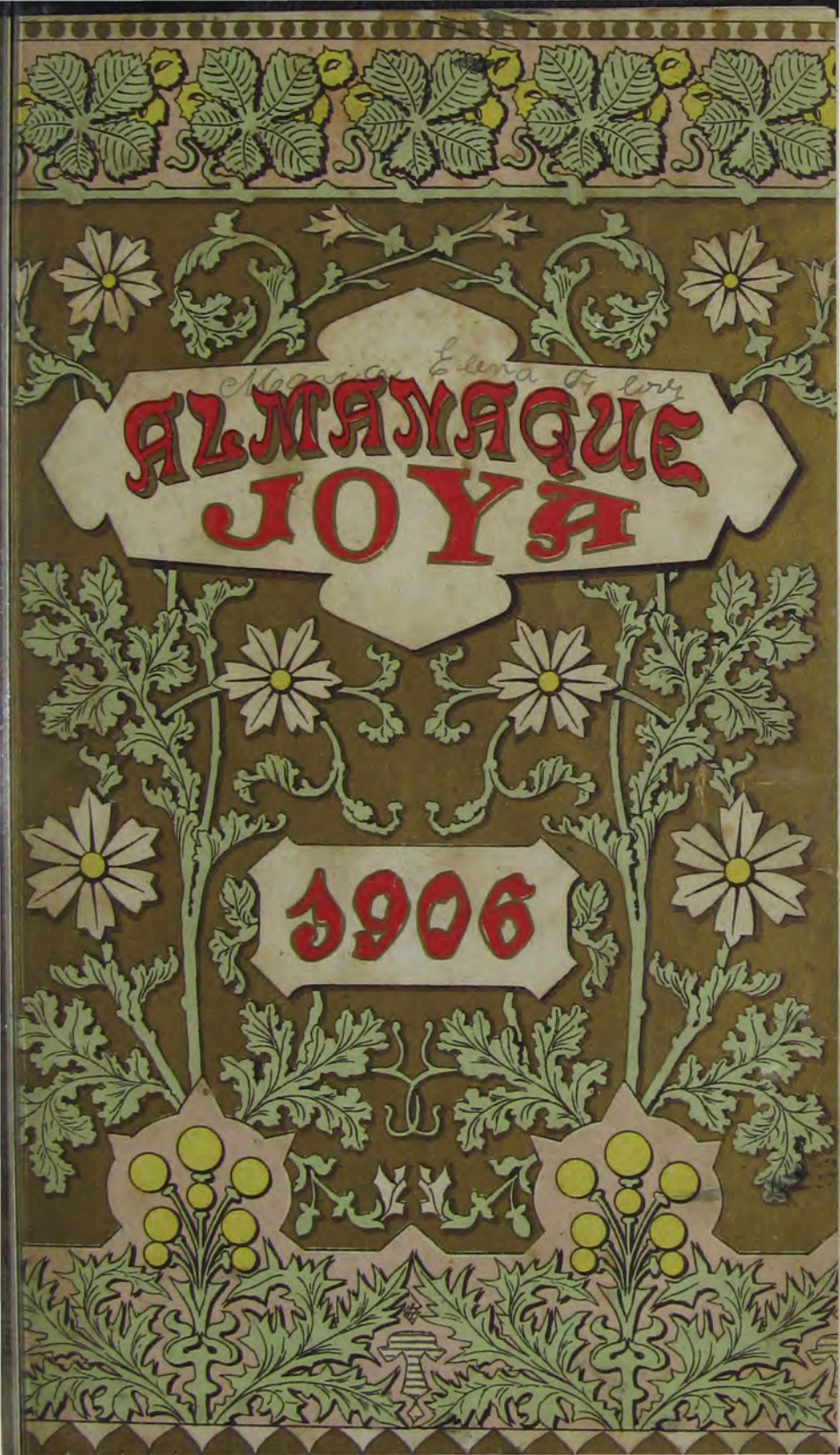


Maria Elena de Ley
**АЛТЯМАКЕ
ЮУА**

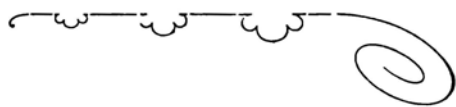
1906



Quaderno de ^{Temp II-3}
Maria Elena Flores
Grado 3.º B 817-8



Almanaque = Joya



•
H

Propiedad de ESCASANY Hnos.

←
H

LA JOYA MÁS BRILLANTE



De blancas perlas y corales rojos
y oro puro de ophir y rosicler,
Dios hizo, para encanto de sus ojos,
la más brillante joya: la mujer.



ENERO



1—LUNES—†† LA CIRCUNCIÓN DE N. S. J. C.

2—Martes—ss. Isidoro y Martiniano

3—Miércoles—ss. Florencio y Atan^o.

4—Jueves—ss. Gregorio y Aquilino.

5—Viernes—ss. Telesforo y Rogelio.

6—SÁBADO—†† LA ADORACIÓN DE LOS S.S. REYES.

7—DOMINGO—†ss. CRISPIN y FELIX.

8—Lunes—ss. Luciano y Teofilo.

9—Martes—ss. Fortunato y Anastasio.

10—Miércoles—ss. Nicanor y Gonz^o.

11—Jueves—ss. Higino y Alejandro.

12—Viernes—ss. Benito y Victoriano.

13—Sábado—ss. Gumers. y Leoncio.

14—DOMINGO—† ss. HILARIO y DACIO.

15—Lunes—ss. Paulo y Mauro.

16—Martes—ss. Marcelo y Fulgencio.

17—Miércoles—ss. Antonio y Sulpicio.

18—Jueves—sta. Liberata.

19—Viernes—ss. Canuto y Julio.

20—Sábado—ss. Sebastián y Fabian.

21—DOMINGO—† ss. FRUCTUOSO y EULOGIO.

22—Lunes—ss. Vicente y Victor.

23—Martes—ss. Ildefonso y Bern^o.

24—Miércoles—ss. Timoteo y Felic^o.

25—Jueves—ss. Enrique y Donato.

26—Viernes—ss. Policarpo y Alfonso.

27—Sábado—s. Juan Crisóstomo y sta. Angela.

28—DOMINGO—† ss. JULIAN y CIRILO

29—Lunes—s. Francisco de Sales.

30—Martes—ss. Hipólito y Félix.

31—Miércoles—ss. Pedro y Saturn^o.





- 1—Jueves—ss. Ignacio y Cecilio.
- 2—VIERNES—†† LA PURIFIC. DE N. SEÑORA.
- 3—Sábado—ss. Blas y Félix.
- 4—DOMINGO—† ss. ANDRES Y DON .
- 5—Lunes—ss. Albino y Leonardo.
- 6—Martes—ss. Teófilo y Saturnino.
- 7—Miércoles—ss. Romualdo y Ric^o.
- 8—Jueves—ss. Juvencio y Lucio.
- 9—Viernes—ss. Alejandro y Donato
- 10—Sábado—ss. Ireneo y Amancio.
- 11—DOMINGO—† ss. FELIX Y LÁZARO. SEPTUAGÉS.
- 12—Lunes—ss. Damian y Modesto.
- 13—Martes—ss. Estéban y Rogerio.
- 14—Miércoles—ss. Valentín y Zenon.
- 15—Jueves—ss. Faustino y Cástulo.
- 16—Viernes—ss. Gregorio y Elías.
- 17—Sábado—ss. Alejo y Donato.
- 18—DOMINGO—† ss. SIMÓN Y CLAUDIO.
- 19—Lunes—ss. Gabino y Marcelo.
- 20—Martes—ss. Eleuterio y Nemesio
- 21—Miércoles—ss. Félix y Severiano
- 22—Jueves—ss. Pascasio y Leonor.
- 23—Viernes—ss. Pedro y Policarpo.
- 24—Sábado—ss. Matías y Sergio.
- 25—DÓMINGO—† s. VÍCTOR — CARNAVAL.
- 26—Lunes—s. NESTOR—CARNAVAL.
- 27—MARTES—s. LEANDRO — CARNAVAL.
- 28—Miércoles—s. Osvaldo—Ceniza.





MARZO



- 1—Jueves—ss. Rudecindo y León.
2—Viernes—ss. Heraclio y Simplic.
3—Sábado—ss. Emeterio y Celed.

4—DOMINGO—† ss. CASIMIRO Y LUCIO.

- 5—Lunes—ss. Adrian y Eusebio.
6—Martes—ss. Olegario y Basilio.
7—Miércoles—ss. Tomás y Teófilo.
8—Jueves—ss. Juan de Dios y Apolinio.

- 9—Viernes—ss. Cirilo y Gregorio.
10—Sábado—ss. Meliton y Cipriano.

11—DOMINGO—† ss. EULOGIO Y FERMIN.

- 12—Lunes—ss. Bernardo y Gregor.
13—Martes—ss. Nicéforo y Fablo.
14—Miércoles—ss. Florentina y Matilde.

- 15—Jueves—ss. Raimundo y Arist.
16—Viernes—ss. Hilario y Roman.
17—Sábado—ss. Patricio y Teodoro

18—DOMINGO—† ss. GABRIEL Y FAUSTINO.

19—Lunes—ss. Patriarca San Jose y Leoncio.

- 20—Martes—ss. Ambrosio y Sebast.
21—Miércoles—ss. Benito y Fabiola.
22—Jueves—ss. Saturnino y Octav.
23—Viernes—ss. Victoriano y Fidel.
24—Sábado—ss. Agapito y Dionisio.

25—DOMINGO—†† LA ENCARN. DEL SEÑOR.

- 26—Lunes—ss. Manuel y Marciano.
27—Martes—ss. Ruperto y Lidia.
28—Miércoles—ss. Sisto y Fortunato
29—Jueves—ss. Cirilo y Pastor.
30—Viernes—ss. Juan y Margarita.
31—Sábado—ss. Benjamin y Amad.



Abril

- 1—DOMINGO—† DE PASIÓN—S. VERNANCIO.
- 2—Lunes—ss. Urbano y Francisco.
- 3—Martes—ss. Benito y Benigno.
- 4—Miércoles—ss. Isidoro.
- 5—Jueves—ss. Florencio y Vicente.
- 6—Viernes—ss. Sixto y Celestino.
- 7—Sábado—ss. Epifanio y Rufino.

8—DOMINGO—† DE RAMOS—S. DIONISIO.

- 9—Lunes—SANTO—s. Marcelo.
- 10—Martes—SANTO—s. Ezequiel
- 11—Miércoles—SANTO—s. León.
- 12—Jueves—SANTO—s. Zenon.
- 13—Viernes—SANTO—s. Hermenegildo.
- 14—Sábado—SANTO—s. Tiburcio.

15—DOMINGO—†† PASCUA DE RESURRECCIÓN.

- 16—Lunes—ss. Toribio y Calixto.
- 17—Martes—ss. Aniceto e Inocencio.
- 18—Miércoles—ss. Eleuterio y Perfecto.
- 19—Jueves—ss. Jorge y Expedito.
- 20—Viernes—ss. Marciano y Sulpicio.
- 21—Sábado—ss. Anselmo y Simeón.

22—DOMINGO—† ss. SOTERO Y CAYO.

- 23—Lunes—ss. Fortunato y Gerard.
- 24—Martes—ss. Honorio y Fidel.
- 25—Miércoles—ss. Marcos y Esteban
- 26—Jueves—ss. Cletó y Marcelino.
- 27—Viernes—ss. Toribio y Pedro.
- 28—Sábado—ss. Prudencio y Valeria

29—DOMINGO—† ss. PAULINO Y ROBERTO.

- 30—Lunes—ss. Severo y Catalina.





MAYO



- 1—Martes—ss. Felipe y Santiago.
- 2—Miércoles—ss. Atanasio y Germ.
- 3—Jueves—ss. Alejandro y Timot.
- 4—Viernes—ss. Silvano y Paulino.
- 5—Sábado—ss. Pío y Eulogio.

6—DOMINGO—† ss. LUCIO Y BENE-
DICTA.

- 7—Lunes—ss. Estanislao y Teodora
- 8—Martes—ss. Dionisio y Eladio.
- 9—Miércoles—ss. Gregorio y Beato.
- 10—Jueves—ss. Antonio y Beatriz.
- 11—Viernes—ss. Mamerto y Fabio.
- 12—Sábado—ss. Pancracio y Germ.

13—DOMINGO—† ss. CORENTINO
Y PEDRO.

- 14—Lunes—ss. Daniël y Bonifacio.
- 15—Martes—ss. Torcuato é Indal^o.
- 16—Miércoles—ss. Ubaldo y Juan
Nepomuceno.
- 17—Jueves—ss. Pascual y Aquilino.
- 18—Viernes—ss. Venancio y Fufrasia
- 19—Sábado—ss. Pedro Celestino é
Ivonne.

20—DOMINGO—† ss. BERNARDINO Y
TEODORO.

- 21—Lunes—ss. Segundo y Donato.
- 22—Martes—ss. Marciano y Roman.
- 23—Miércoles—ss. Desiderio y Mig.
- 24—JUEVES—† ASCEN. DEL SEÑOR.
- 25—VIERNES—FIESTA CÍVICA—
S. URBANO.
- 26—Sábado—ss. Felipe y Eleuterio.

27—DOMINGO—† ss. JULIO Y RESTI-
TUTA.

- 28—Lunes—ss. Justo y Eladio.
- 29—Martes—ss. Máximo y Gaudenc.
- 30—Miércoles—ss. Fernando y Gab.
- 31—Jueves—ss. Pascasio y Petronila.





JUNIO



- 1—Viernes—ss. Fortun. y Juvencio.
- 2—Sábado—s. Marcelino.
- 3—DOMINGO—† SS. ISAAC Y CLAUDIO
—PENTECOSTÉS.
- 4—Lunes—ss. Francisco y Alejand.
- 5—Martes—ss. Marciano y Doroteo.
- 6—Miércoles—ss. Norberto y Cánd.
- 7—Jueves—ss. Pablo y Sabiniano.
- 8—Viernes—ss. Salust. y Victorino.
- 9—Sábado—ss. Ricardo y Feliciano.
- 10—DOMINGO—† SS. ZACARÍAS Y TI-
MOTEO.
- 11—Lunes—ss. Bernabé y Furtun.
- 12—Martes—ss. Juan y Olimpio.
- 13—Miércoles—ss. Antonio y Luc.
- 14—JUEVES—†† CORPUS CRISTI.
- 15—Viernes—ss. Modesto y Livia.
- 16—Sábado—ss. Aureliano y Justina
- 17—DOMINGO—†SS. MANUEL Y NICAN.
- 18—Lunes—ss. Ciriaco y Márcos.
- 19—Martes—ss. Bonifacio y Gervas.
- 20—Miércoles—ss. Silverio é Inocen.
- 21—Jueves—s. Luis Gonzaga.
- 22—Viernes—ss. Paulino y Albano.
- 23—Sábado—ss. Zenon y Agripina.
- 24—DOMINGO—† LA NATIVIDAD DE
S. JUAN BAUT.
- 25—Lunes—ss. Guillermo y Próspero.
- 26—Martes—ss. David y Pablo.
- 27—Miércoles—ss. Zoilo y Ladislao.
- 28—Jueves—ss. León y Benigno.
- 29—VIERNES—SAN PEDRO Y SAN
PABLO.
- 30—Sábado—ss. Marcial y Emiliano.



JULIO



1—DOMINGO—† ss. SECUNDINO Y CASTO.

2—Lunes—ss. Martiniano y Sinfor.

3—Martes—ss. Ireneo y Jacinto.

4—Miércoles—ss. Laureano y Elías.

5—Jueves—ss. Miguel y Filomena.

6—Viernes—ss. Rómulo é Isaias.

7—Sábado—ss. Fermín y Lorenzo.

8—DOMINGO—† ss. TEOBALDO é ISABEL.

9—LUNES—FIESTA Cív. - s. CIRILO.

10—Martes—ss. Cristóbal y Daniel.

11—Miércoles—ss. Pio y Cipriano.

12—Jueves—ss. Gualberto y Félix.

13—Viernes—ss. Anacleto y Eugen.

14—Sábado—ss. Buenaventura y Marcelino.

15—DOMINGO—† ss. ENRIQUE Y ATANASIO.

16—Lunes—ss. Valentín y Eustaqu.

17—Martes—ss. Alejo y Donata.

18—Miércoles—ss. Federico y Nem.

19—Jueves—San Vicente de Paul.

20—Viernes—ss. Gerónimo y Elías.

21—Sábado—ss. Victor y Feliciano.

22—DOMINGO—† ss. TEÓF. Y CIRILO

23—Lunes—ss. Apolinario y Libor.

24—Martes—ss. Francisco Solano y Victor.

25—Miércoles—ss. Santiago y Teodmiro.

26—Jueves—ss. Ana y Jacinto.

27—Viernes—ss. Jorge y Pantaleón.

28—Sábado—ss. Inocencio y Victor.

29—DOMINGO—† ss. PRÓSPERO Y MARTA.

30—Lunes—ss. Abdon y Rufino.

31—Martes—ss. Iguacio de Loyola y Fabia.

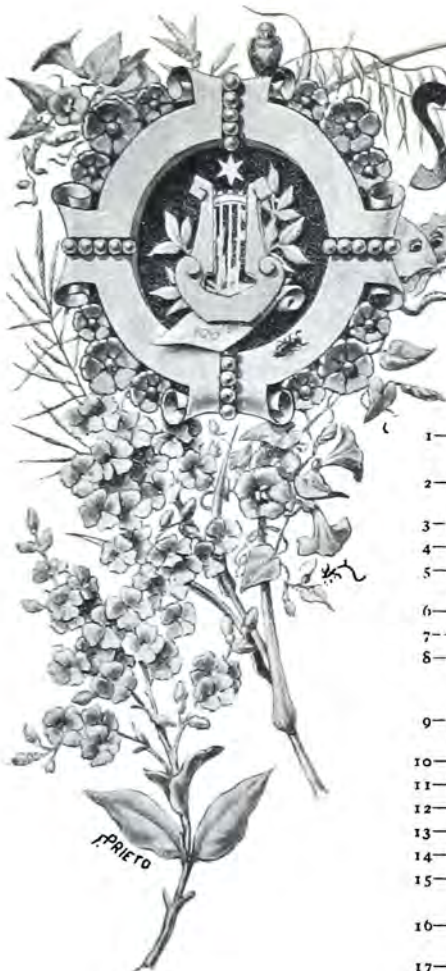




AGOSTO



- 1—Miércoles—ss. Domiciano y Justino.
- 2—Jueves—ss. Esteban y Alfonso.
- 3—Viernes — ss. Dalmacio y Livia.
- 4—Sábado—s. Domingo de Guzman.
- 5—DOMINGO—† ss. OSVALDO Y CASIANO.
- 6—Lunes—ss. Sixto y Agapito.
- 7—Martes—ss. Cayetano y Fausto.
- 8—Miércoles—ss. Ciriaco y Eleuter.
- 9—Jueves—ss. Roman y Marciano.
- 10—Viernes—ss. Lorenzo y Paula.
- 11—Sábado—ss. Tiburcio y Rufino.
- 12—DOMINGO—† ss. CLARA Y EUSEB.
- 13—Lunes—ss. Hipólito y Casiano.
- 14—Martes—ss. Calixto y Demetrio.
- 15—MIÉRCOLES—†† LA ASUNCIÓN DE M^a. SANTÍSA.
- 16—Jueves—ss. Roque y Eufenia.
- 17—Viernes—ss. Anastasio y Bonif.
- 18—Sábado—ss. Fermin y Floro.
- 19—DOMINGO—† ss. LUIS Y JULIO.
- 20—Lunes—ss. Bernardo y Joaquín.
- 21—Martes—ss. Juana Francisca y Ciriaca.
- 22—Miércoles—ss. Hipólito y Gilberto.
- 23—Jueves—ss. Felipe y Restituto.
- 24—Viernes—ss. Bartol. y Roman.
- 25—Sábado—ss. Luis y Julian.
- 26—DOMINGO—† ss. CEFERINO É IRINEO.
- 27—Lunes—ss. José y Cesáreo.
- 28—Martes—ss. Agustín y Bibiano.
- 29—Miércoles—ss. Andrés y Cándid.
- 30—JUEVES—†† STA. ROSA DE LIMA
- 31—Viernes—ss. Ramón y Robustiano.



SEPTIEMBRE



- 1—Sábado—ss. Sixto y Constanc.
- 2—DOMINGO—† ss. ANTOLÍN Y ESTEBAN.
- 3—Lunes—ss. Simeon y Serapia.
- 4—Martes—ss. Marcelo y Silvano.
- 5—Miércoles—ss. Lorenzo y Justiano.
- 6—Jueves—ss. Fausto y Eugenio.
- 7—Viernes—ss. Pánfilo y Paulino.
- 8—SABADO—†† LA NAT. DE MARÍA SANTÍSIMA.
- 9—DOMINGO—† ss. PEDRO CLAVER Y GREGORIO.
- 10—Lunes—ss. Clemente y Lucas.
- 11—Martes—ss. Emiliano y Jacinto.
- 12—Miércoles—ss. Leoncio y Valer.º
- 13—Jueves—ss. Amado y Felipe.
- 14—Viernes—ss. Alberto y Salustio.
- 15—Sábado—ss. Nicomedes y Porf.
- 16—DOMINGO—† ss. CORNELIO Y CIPRIANO.
- 17—Lunes—ss. Narciso y Pedro.
- 18—Martes—ss. Tomás y Sofía.
- 19—Miercoles—ss. Genaro y Desid.
- 20—Jueves—ss. Eustaquio y Susana.
- 21—Viernes—ss. Mateo y Efigenia.
- 22—Sábado—ss. Mauricio y Cándido
- 23—DOMINGO—† ss. LINO Y CONSTANCIO.
- 24—Lunes—s. Gerardo.
- 25—Martes—ss. Pacífico y Maria.
- 26—Miércoles—ss. Cipriano y Euseb.
- 27—Jueves—ss. Cosme y Damian.
- 28—Viernes—ss. Wenceslao y Simón.
- 29—Sábado—s. Miguel Arcángel.
- 30—DOMINGO—† ss. HONORIO Y JERÓNIMO.





OCTUBRE



- 1—Lunes—ss. Remigio y Rómulo.
- 2—Martes—ss. Eleuterio y Teófilo.
- 3—Miércoles—ss. Maximiano y Cándido.
- 4—Jueves—ss. Marciano y Fausto.
- 5—Viernes—ss. Froilan y Plácido.
- 6—Sábado—ss. Bruno y Emilio.

- 7—DOMINGO—† ss. MÁRCOS Y MARCELO.
- 8—Lunes—ss. Demetrio y Nestor.
- 9—Martes—ss. Dionisio y Abraham.
- 10—Miércoles—ss. Paulino y Luis Beltrán.
- 11—Jueves—ss. Nicasio y Fermín.
- 12—Viernes—ss. Cipriano y Maximiliano.
- 13—Sábado—ss. Eduardo y Rogerio.

- 14—DOMINGO—† ss. CALIXTO Y EVARISTO.
- 15—Lunes—sta. Teresa de Jesús.
- 16—Martes—ss. Martiniano y Saturnino.
- 17—Miércoles—ss. Florentino y Eudvigis.
- 18—Jueves—ss. Lucas y Justo.
- 19—Viernes—ss. Lucio y Aquilino.
- 20—Sábado—ss. Feliciano y Marta.

- 21—DOMINGO—† ss. HILARIÓN Y UR-SULA.
- 22—Lunes—ss. Felipe y María.
- 23—Martes—ss. Servando y Adelajda.
- 24—Miércoles—ss. Rafaely Victoria.
- 25—Jueves—ss. Gabino y Crispin.
- 26—Viernes—ss. Evaristo y Florio.
- 27—Sábado—ss. Florencio y Sabina.

- 28—DOMINGO—† ss. SIMÓN Y CIRILA.
- 29—Lunes—ss. Narciso y Eusebia.
- 30—Martes—ss. Alonso y Marcelo.
- 31—Miércoles—ss. Nemesio y Lucila.





NOVIEMBRE

- 1—JUEVES—†† LA FIESTA DE TODOS LOS SANTOS.
- 2—Viernes — La conmemoración de los fieles difuntos.
- 3—Sábado—ss. Cesareo y Valentin.
- 4—DOMINGO—† ss. NICANDRO Y ELENA.
- 5—Lunes—ss. Zacarías é Isabel.
- 6—Martes—ss. Severo y Leonardo.
- 7—Miércoles—ss. Rufo y Aquiles.
- 8—Jueves—ss. Silveriano y Victorino.
- 9—Viernes—ss. Benigno y Alejand.
- 10—Sábado—ss. Demetrio y León.
- 11—DOMINGO—†† SAN MARTÍN.
- 12—Lunes—ss. Aurelio y Macario.
- 13—Martes—ss. Estanislao de Koska y Nicolás.
- 14—Miércoles—ss. Clementino y Serapio.
- 15—Jueves—ss. Desiderio y Elisa.
- 16—Viernes—ss. Edmundo y Márcos.
- 17—Sábado—ss. Gregorio y Dionis.
- 18—DOMINGO—† ss. MÁX. Y ROMAN.
- 19—Lunes—ss. Ponciano y Santiago.
- 20—Martes—ss. Octavio y Anatolio.
- 21—Miércoles—ss. Alberto y Celso.
- 22—Jueves—ss. Filemón y Cecilia.
- 23—Viernes—ss. Lucrecia y Felicit.
- 24—Sábado—ss. Fermina y Flora.
- 25—DOMINGO — † ss. GONZALO Y ERASMO.
- 26—Lunes—ss. Conrado y Amador.
- 27—Martes—ss. Virgilio y Facundo.
- 28—Miércoles—ss. Eustaquio y Urbano.
- 29—Jueves—ss. Filomeno y Demetr.
- 30—Viernes—ss. Andrés y Constanc.





Diciembre



- 1—Sábado—ss. Eloy y Mariano.
- 2—DOMINGO—† ss. SILVANA Y BIANNA.
- 3—Lunes—ss. Cristin y Claudio.
- 4—Martes—ss. Bernarda y Bárbara.
- 5—Miércoles—s. Dalmacio.
- 6—Jueves—ss. Dionisio y Nicolás.
- 7—Viernes—ss. Ambrosio y Teodo.
- 8—SÁBADO—†† LA INMAC. CON-
CEP. DE MARIA.
- 9—DOMINGO —† ss. RESTITUTA Y
LEOCADIA.
- 10—Lunes—ss. Deodato y Eulalia.
- 11—Martes—ss. Dámaso y Julia.
- 12—Miércoles—ss. Donato y Cres-
cencio
- 13—Jueves—ss. Lucia y Oreste.
- 14—Viernes—ss. Nicasio y Arsenio.
- 15—Sábado—ss. Valeriano y Fortun.
- 16—DOMINGO—† ss. EUSEBIO Y AL-
BINA.
- 17—Lunes—ss. Lázaro y Floriano.
- 18—Martes—ss. Teótimo y Simplic.
- 19—Miércoles—ss. Nemesio y Timot.
- 20—Jueves—ss. Domingo y Liberato.
- 21—Viernes—ss. Temist. y Tomás.
- 22—Sábado—ss. Honorato y Flavian
- 23—DOMINGO—† ss. EVARISTO Y VIC-
TORIA.
- 24—Lunes—ss. Delfin y Luciano.
- 25—MARTES—†† LA NATIVIDAD DE
N. S. JESUCRISTO.
- 26—Miércoles—ss. Zenon y Estéban.
- 27—Jueves—ss. Máximo y Teodoro.
- 28—Viernes—ss. Los Santos Inocent.
- 29—Sábado—ss. David y Tomás.
- 30—DOMINGO—† ss. EUGENIO Y SE-
VERO.
- 31—Lunes—ss. Silvestre é Hilario





	Págs.
ALFONSO, Salvador. — Ideas sueltas (prosa)	44
ARCO, Luís del— Cantar baturro	107
BAZZANO, Lorenzo A. — Al aire libre (artículo)	49
BETTEGA Claudio. — La mujer (poesía)	74
BLIXEN, Samuel — Mi molino (poesía)	62
BROCHA Gorda. — Madrigal.....	48
CÁCERES, Carlos P. — ¡Oh, excelsa! (pensamiento)	45
CASTELLANOS, Moisés N. — Serenata (poesía)	31
CAYOL, Roberto I. — Paradas... (poesía)	82
CRESPO, Lorenzo V. — ¡Vencido! (artículo)	77
CHOCANO, José S. — Independencia (soneto).....	45
ESCOBAR, G. — Acuarela (artículo)	70
ESTEVES CHACALTANA, Luis — Las postales (artículo)...	60
FAITH, M. — Margarita (artículo).....	115
FERRÉ J. — Epigrama.....	108
GALLO, Jesús. — Reconciliación (artículo)	89
GARCÍA, Adolfo. — Revivencia (poesía).....	121
GARCÍA, Luis — Postales (pensamientos).....	102
GAZCÓN, Teodoro. — Baturros en viaje á América (epi- gramà)	101
GOÑI, Gabriel. — Simil (poesía)	107
IRIBAS R. M. de — Una limosna (artículo)*.....	110
LATZINA, Francisco. — Tarjetas postales (pensamientos).	21
MATURANA, José de — La muerte del albañil (soneto).....	113
MENDES, Cátulo. — Noche de tempestad (artículo).....	29
" " El músico ambulante (artículo)	130
MESTRES, Apeles. — La consigna (cuento vivo, texto) ..	71
NAÓN, Pedro J. — Retrospectiva (poesía).....	53
NOÉ, Eugenio C. — Primavera (soneto)	41

	Págs.
PRIETO Casimiro. — El eco (poesía)	27
" " Un burro sabio (artículo)	33
" " El loro y el perro (poesía)	42
" " <i>Recetas de oro:</i> Contra el dolor de muelas (poesía)	47
" " Claveles (poesía)	64
" " Eros (poesía)	69
" " Oración de una soltera (poesía)	79
" " <i>Recetas de oro:</i> Flan ruso (poesía)	86
" " La primera piedra (poesía)	93
" " Los diamantes de la violeta (ar- tículo)	98
" " <i>Recetas de oro:</i> Contra el romadizo (poesía)	105
" " Rosas (poesía)	108
" " Ideas sueltas (poesía)	112
" " <i>Recetas de oro:</i> Contra los callos (poesía)	114
" " El rayo de sol (poesía)	119
" " El regalo de boda (poesía)	123
" " <i>Recetas de oro.</i> — Tortilla Luis XV (poesía)	136
" " ¡Muerta! (poesía)	139
" " Y todos los trabajos que aparecen sin firma,	
PRIETO, Federico — En la botica (epigrama)	120
PRIETO COSTA, Casimiro. — Cita de amor (artículo)	65
" " " La carreta (artículo)	138
RACAMONDE, Víctor M. — Mística (poesía)	96
RIÚ, Francisco A. — Esfinje (soneto)	32
SAN JUAN, Manuel A. — Armenia (poesía)	67
" " " Una beldad peruana (poesía)	124
" " " El poder de la hermosura (poesía)	134
SUMAY, Manuel J. — Oxiacanto (soneto)	37
TORRES ABANDERO L. — Orfebre (soneto)	107
TROYO, Rafael Angel. — Malicia (artículo)	40
" " " La ola (artículo)	122
" " " Azul (pensamiento)	129
VIÑAS, Juan de las. — El juicio de Paris (poesía)	126
" " " El legado de mi tío (poesía)	140
X. X. X. — Para olvidar las penas (cuento)	81



	Págs.
CABRINETY JOSÉ	
Un demagogo (ilustración)	26
Precocidad (ilustración)	46
La primera piedra (ilustración)	93
Ante la joyería (ilustración)	109
El recién nacido (viñeta)	114
El regalo de boda (ilustración)	123
Un solitario (ilustración)	129
El rosario (ilustración)	142
FORTUNY FRANCISCO	
Al aire libre (dos viñetas).....	49
En la cocina (ilustración)	63
Oración de una soltera (ilustración)	79
Paradas (dos viñetas)	82
Angel sin alas (ilustración)	125
El oro (ilustración)	137
GAZCÓN TEODORO	
El reloj de Gedeón (cuento vivo en ocho viñetas)	38
Blanqueando (viñeta)	75
Baturros en viaje á América (viñeta).....	101
MESTRES APELES	
Noche de tempestad (dos viñetas).....	29
El loro y el perro (dos viñetas)	42
En la joyería (cuento vivo en cuatro viñetas)	56
Cita de amor (dos viñetas)	65
La consigna (cuento vivo en doce viñetas)	71
Gedeón, asustado (viñeta)	95

	Págs.
Los diamantes de la violeta (dos viñetas)	98
El hallazgo (cuento vivo en cuatro viñetas)	103
En la botica (viñeta)	120
Gedeón, precavido (viñeta)	135

OPISSO JOSÉ

El poder de los diamantes (cuento vivo en cuatro viñetas)	88
---	----

PRIETO FEDERICO

Cubierta	—
Portada	—
Los doce meses del año	—
Índice literario (cabecera)	—
Índice artístico (cabecera)	—
Tarjetas postales (orla)	27
Serenata (cabecera)	31
Primavera (cabecera)	47
Inicial	44
Retrospectiva (cabecera)	53
Claveles (cabecera)	64
Eros (cabecera)	69
Rosas (cabecera)	108
Inicial	112
El rayo de sol (cabecera)	119
Fin	143

PRIETO COSTA JORGE

La carreta (ilustración)	138
--------------------------------	-----

Todos los trabajos artísticos han sido expresamente hechos para el ALMANAQUE - JOYA.





Para uno que es desgraciado por tener carácter, hay diez que son felices por no tenerlo.

La desgracia ajena no saca á nadie de su quicio, la felicidad sí, á muchos.

Quien deprime todo, profesa la forma más antipática de la autolatria.

El servicio doméstico de Buenos Aires enciende una vela á Dios para encontrar trabajo, y otra al Diablo para no encontrarlo. Generalmente vence el Diablo.

El pecado original lo castigó Dios insuflando en la sangre humana la haraganería.

Cuando para vencer, la mujer agota su riquísimo inventario de astucias, y no logra su propósito, se desmaya — y vence.

El tratamiento que el hombre da á los animales, denuncia el grado de civilización que éste ha alcanzado; así como la impaciencia, característica de los niños y animales mal criados, revela los puntos de barbarie que el individuo calza, siendo ésta tanto mayor, cuanto mayor es la edad del impaciente.

Nadie es más arrogante que un tonto, máxime si ha tenido un éxito alguna vez.

No son pocas las conquistas de la ciencia que no fueron consideradas alguna vez como otros tantos delirios de la demencia.

La moral es independiente de la religión, de las leyes y de las costumbres, por más que el clero haga todo lo posible para hacer creer que sin religión no hay moral.

El culto de la persona cría en lo político el déspota, y en lo social el fatuo.

Una de las formas más locas del amor propio nacional desorientado es la continúa ponderación de la belleza femenina. En vez de fomentar la ternura, la ilustración, la caridad, el altruismo, las virtudes domésticas, se estimula la vanidad de la mujer, que llega poco á poco á creer, que ha venido al mundo para estar sentada en un altar donde ha de recibir los homenajes del erotismo masculino, porque toda otra ocupación sería indigna de ella.

¿A qué tanto teatro cuando cada uno lo tiene en su casa? El teatro doméstico es comedia á veces, tragedia muchas veces, y *le monde ou l'on s'ennuie* las más veces; entonces, ¿para qué más teatro?

No es liberal quien no tolera opiniones y sentimientos opuestos á los suyos.

La moda, que no sería tal si no hubiese imitadores, es acaso uno de los argumentos que más apoyan la teoría darwiniana de la descendencia.

Con los despojos de una media docena de libros buenos, se fabrica comunmente uno malo.

El fanatismo, cualquiera que sea su especie, si afecta á personas cultas, es un síntoma infalible de su desequilibrio mental; en la gente común es la característica de la ignorancia.

Audaces fortuna juvat quiere decir que la América es de los atrevidos.

Feliz es el otario cuyo pechador no devuelve la piltrafa que debe, porque esta omisión le preserva, en la generalidad de los casos, de un nuevo sablazo, acaso más formidable que el anterior.

La gratitud es el homenaje que se tributa, no á los favores recibidos, sino á los que aun se esperan.

Al ver á este pedigueño de la estampa, se me ocurre que en el fondo de las realidades el amor no es más que una estratagema de que se vale la naturaleza para conservar la especie.

Músicos y comediantes, literatos y artistas, sabios y barberos: ¿cuál de éstos gana á cuál en vanidad?

Entre cada cien pietistas hay noventa y nueve bribones y un asno.

La ciencia es, sin quererlo, la aliada del capital, cuyo poder despótico sobre el trabajo aumenta sin cesar, con la invención continua de instrumentos y métodos de labor de más en más perfeccionados.

La verdadera felicidad consiste en hacer felices.

En las luchas fratricidas de los pueblos, los libertadores tienen por bándera la de arrancar el presupuesto á los opresores; y los opresores, la de no dejarse arrancar el presupuesto por los libertadores.

El trono y el altar son los símbolos genuinos de la humana minoría de edad.

El ocaso de la vida coincide con la aurora del reumatismo y de los catarros.

La curiosidad innata en la estirpe humana, hace sospechar que el pudor á solas no existe. La indiferencia de los niños por las cosas sexuales, no es pudor, es ignorancia.

La loteria y el culto religioso, son dos diabluras, inventadas por los pillos para vivir á expensas de los zonzos.

El dominio de si mismo, es la característica de la civilización individual.

Los aurigas maltratan á los animales, porque ven en ellos parientes pobres.

Quien sabe si los peores locos no son los psiquiatras, que declaran frecuentemente irresponsables á individuos que acaso son más cuerdos que ellos.

El ateismo sólo puede considerarse socialmente inocuo en individuos de un alto nivel intelectual, asociado á una moralidad cristalina.

El ser es al parecer, como lo moneda legítima es á la falsa.

En las creencias religiosas es la existencia del Diablo tan necesaria como la de Dios mismo, porque si éste representa, según lo creyentes, el principio de la bondad infinita ¿quién carga con la responsabilidad de los males sin cuento que afligen á la estirpe humana, sino el Diablo?

Se es rico, cuando los deseos no alcanzan á agotar los medios de satisfacerlos.

La envidia se empeña tanto en menguar la superioridad ajena, porque la ve magnificada.

La higiene personal desatendida, se venga en la vejez, castigándola con fealdad.

El Quijote de Cervantes es la sátira más caustica que jamás se haya escrito contra el entusiasmo humano.

Respetar el egoísmo ajeno si quieres que el tuyo sea respetado, contesta la moral cristiana si se la pregunta por el punto de partida de sus deducciones.

Uno de los rasgos más característicos que distinguen al hombre de los demás animales, consiste en que éste es el único ser de la creación cuyos deseos varían y se multiplican á medida que los anteriores quedaron satisfechos, y que nunca está contento con su suerte.

A un santo de palo tributan los creyentes más veneración, de la que, en su tiempo, tributaron al vivo, si es que el santo no pasó desapercibido á través de su existencia como un atorrante cualquiera.

Generalmente los feos de cuerpo, son también feos de alma, pero la recíproca no es verdadera.

Si el sabio es modesto, lo es porque sabe que muy poco sabe; al revés del ignorante, que es altanero porque ignora que es un zopenco.

La llamada firmeza de convicciones, si es duradera, no es comunmente más que indicio de una inteligencia refractaria á la evolución, que, al cristalizarse, se torna rutina ó sea negación de la inteligencia.

A medida que se envejece, dispáse de año en año más el instinto de estar en la manada, naciendo y creciendo en cambio, en los que piensan, el gusto por la soledad en medio de las bellezas mudas de la naturaleza.

F. LATZINA.

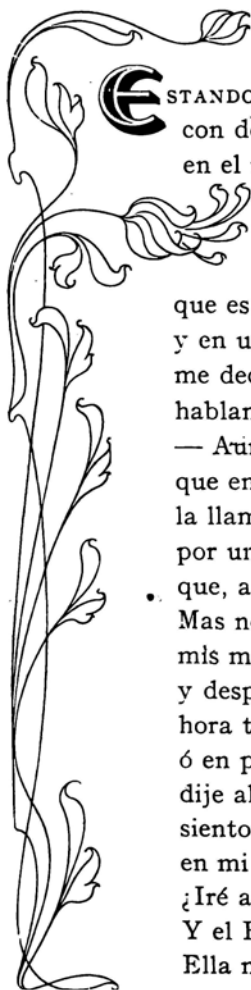


UN DEMAGOGO



¡Vé que cadena preciosa!
 y me sienta lindamente.
 Anda, cómprala, Vicente
 que te lo pide tu esposa.
 Con tu silencio me apeñas,
 contesta... ¿quieres?
 — No tal,
 siempre he sido liberal
 ¡y aborrezco las cadenas!

EL ECO



ESTANDO un día de caza,
 con dos podencos de raza,
 en el monte San Canuto,
 propiedad del baron de Haza,
 al que rinde ópimo fruto,
 así, á la vera de su hato,
 que es uno de los mejores,
 y en un coloquio muy grato,
 me decía el pastor Bato,
 hablando de sus amores:
 — Aunque viejo, yo sentía
 que en mi alma de amor ardía
 la llama devoradora
 por una bella pastora
 que, al parecer, me queria.
 Mas no sabiendo qué hacer,
 mis muchas canas al ver
 y después de discurrir
 hora trás hora, si huir
 ó en pos de Amanda correr,
 dije al eco: Mi pasión
 siento que crece y se agranda
 en mi amante corazón...
 ¿Iré al encuentro de Amanda?
 Y el Eco me dijo: *Anda*.
 Ella me jura, vehemente,

y con la faz ruborosa,
 que mi mirada ardorosa
 fué de su amor la simiente.
 Y el Eco me dijo: ¡*Miente!*
 ¿Que su pasión es mentira?
 ¿Y lo dices tan airado?
 ¡vive el cielo! ¿qué te ha dado,
 que enojo tu voz respira?
 Y el Eco me dijo: ¡*Ira!*
 Pues á pesar de tu enojo,
 iré, ya que creo error
 pensar que es falso su amor
 y fingido su sonrojo...
 Y el Eco me dijo: ¡*ojo!*

.....
 Ya fuí y con ansia ardiente,
 nos casamos civilmente...
 Y el Eco me dijo: ¡*Bruto!*
 — ¡Vaya un eco inteligente,
 el del Monte San Canuto!

CASIMIRO PRIETO.

EPIGRAMA

Con consternación no escasa,
 ve en un diario Gedeón
 que en no sé qué población
 se ha derrumbado una casa.
 Y dice á su hijo Geromo,
 que sobre el hecho discurre:
 — ¡Al demonio se le ocurre
 hacer las casas de plomo!
 — ¿No estará usted equivocado?
 Se atreve á decir aquél.
 — ¡Hombre! ¿No dice el papel
 que anoche se ha *desplomado?*



Noche de tempestad



QUELLA noche, á pesar del ruido del viento que fuertemente golpeaba las paredes, hacía rechinar las veletas y gemía en los corredores, mi amiga dormía profundamente y yo velaba junto á ella.

Yo no dormía, porque pensaba sumido en la más terrible desesperación en sus mentiras y traiciones. Me levanté aprovechando su sueño, tomé del pecho de mi querida aquel corazón que me había vendido y lo coloqué sobre la chimenea en un vaso de porcelana de la China.

Luego, a tranquilé de aquella hermosa frente el pensamiento, aquel pensamiento que había huído de mí, y lo puse también en una taza del Japón tan frágil y delicada, que la hubiera roto seguramente el vuelo de un pájaro al rozarla con el ala. Por último, de sus labios de rosa, cogí los impuros besos, las falsas caricias con que me había alucinado, y los introduje en un jarrón de cristal de Bohemia, tan poco resistente que podía romperse simplemente con el ligero choque del dedo de un niño.

En seguida abrí la ventana y el huracán se precipitó en la habitación asolando, rompiendo, destrozándolo todo, y llevándose lejos, muy lejos, el vaso, la taza, el jarrón que

todo lo contenía. Yo, al verlo volar, lancé una sonora carcajada; ya nada le quedaba á aquella infame con qué poder desesperarme.

De repente despertó, abrió sus negros y hermosísimos ojos y volvió hacia mí unas miradas (yo me había olvidado quitárselas), tan puras, tan sentimentales, tan deliciosamente amorosas, que loco, desesperado, salté por la ventana, y corrí tras las ráfagas nocturnas, para que me devolvieran su infame corazón, su inconstante pensamiento, sus impuros besos y sus falsas caricias.

CÁTULO MENDES.



Dib. de APELES MESTRES.

EPIGRAMA

Harto en tu rabia se nota
que, vencido por Morera,
en el pecho de Carlota
después ¡ay! de la *d-rota*
sus nupcias te dan *d-entera*.



En la penumbra de tus pestañas
hallé el reflejo de un bien querido:
la poesía de las montañas
y los verjeles donde he nacido.

¡Oh, quien me diera por sus umbrías
vagar contigo soñando amores,
cielos, y cumbres, y lejanías
viendo en tus ojos encantadores!

MOISÉS NUMA CASTELLANOS.

Buenos Aires, 1905.



¡ACUÉRDATE DE MÍ!

(ENVIANDO UN RAMO DE FLORES).

Acuérdate de mí que, ciego, te amo,
cuando besen, amantes, este ramo

Tus labios de rubí.

Y si, como escuché, bella Dolores
hoy te mandan de Córdoba alfajores

¡Acuérdate de mí!

Dib. de F. PRIETO

ESFINGE



Es carne; pero carne inmaculada;
 copa de amores; sugerente y ronda
 guarda en su seno la ventura honda
 de la embriaguez sublime de la nada...

Nadie tocó su boca inanimada;
 ni desflocó su cabellera blonda,
 para que fuera en tumultuaria *onda*
 por su torso, como una *llamada*!

Y mujer sin deleite y sin *varño*,
 con la blancura esteril del *armiño*,
 entre quimeras de pudor, erguida,

Parece con sus flancos insensibles,
 la esfinge de los besos imposibles,
 custodiando el desierto de la vida!

FRANCISCO ANÍBAL RIÚ

La Plata.



EPIGRAMA

✓ Pidió el chato Juan Rasces
 un pañuelo á su hija Ernesta.
 — ¿Para qué? preguntó ésta
 — ¡Tonta! para las narices.
 Sirviole Ernesta, con celo,
 y dijo, y dijo muy bien,
 toma... ahora que te den
 narices para el pañuelo.

Un burro sabio



Vamos, te digo que eres un burro.

— Mujer, no me exaltes ó no respondo de mí. ¡Córcholis! ¡que así ajen á uno, aunque sea en el seno de la familia! ¡que no lo tolero! ¿has oído?

— Te digo que eres un burro. Lo has sido siempre.

— Antes, no diré que no... cuando me casé contigo.

— Y después.

— ¿Después?... Puede ser también, por no haber abandonado á tiempo el pesebre conyugal.

— Y ahora.

— No, ¡córcholis! ahora, no. Algo se me ha pegado de tu sabiduría.

— Pues nadie lo va á creer, porque no sigues haciendo más que burradas.

— ¿Por qué? ¿porque he puesto de patitas en la calle á ese don lindo que te hacía cucamonas? ¿porque le he dicho con la franqueza que me caracteriza, al presentarse esta noche en casa, por segunda vez, no sé con qué pretexto, que no me era persona grata... ni á tí tampoco? Pues que vengan los siete sabios de Grecia y que digan qué habrían hecho en mi lugar. ¡Córcholis! ¿á quién no se le agota la paciencia? Que venga también Job y que diga...

— ¡Basta, hombre! Vas á llenar la casa de gente.

— Búrlate cuánto quieras, pero ten entendido que ya no soy el de antes. ¡Se acabaron los burros!

— ¿Y en que te ha faltado ese joven? ¿que máculas has encontrado en tu honra? ¿por qué te ha picado la mosca de los celos?

— ¿No le sorprendí anoche, en plena calle, siguiéndote los pasos? No me lo niegues, mujer, porque os estuve espiando desde la puerta del bazar de madame Flirt.

— ¿Acaso iba yo sola?

— Si, ya sé que no ibas sola, que ibas con tu madre; pero no es de presumir que ellá fuese el objeto de las persecuciones de Gorito; no le creo de tan mal gusto.

— ¡Ofende ahora á mamá!... ¡es lo único que faltaba! ¡una señora tan digna!

— Sí, tan digna... de garrotazos. ¡Córcholis! ella es la culpable de todo, por haberte educado como te ha educado, en la escuela de la frivolidad, de la que no salen más que cabezas de chorlito.

— Y delante de nosotras, ¡burro! delante de nosotras, ¿no iba nadie? ¿Y Corita? ¿no viste á mi hermana, de quien está prendado ese chico? Pues á ella era á la que seguía. ¿No te da vergüenza? Hubiérasme confesado tus necias sospechas y habría disipado tu error. Es necesario que vayas ahora mismo en su busca y no vuelvas sin él. Hay que darle una satisfacción.

— Sí, pero ya sabes que á las diez en punto empieza en el club el match internacional de ajedrez, en el que está comprometida mi honra. No puedo faltar... ¡que dirían las naciones civilizadas!

— ¿Y qué? Tienes tiempo; son las nueve y media. Gorito no sale de la confitería del *Lirio azul*, donde le encontrarás seguramente. Y si tú tienes que ir al club, dejas la visita y te vas al club sin cuidado alguno, que yo cumpliré por los dos. Mi tía Celestina me acompañará.

— ¡Pues se va á divertir la buena señora, siendo sorda, como una tapia!

— No le hace.

— ¿No? Bueno.

Ya se disponía Esteban, convencido de que había hecho una burrada, á dar gusto á Regina, su mujer — una encantadora rubia de ojos verdes y luminosos, que hacía sonar con las huríes del Profeta — cuando llamaron á la puerta de calle y poco después se presentaban en escena doña Sofronia y Corita.

— ¡Calle! ¡pues si es mi suegra! ¡qué sorpresa tan grata! dijo Esteban, tomando apresuradamente el sombrero para marcharse.

— ¿Tú aquí, mamá? exclamó Regina con aire suspenso y mordiéndose los labios con expresión de viva contrariedad.

— Sí, dijo doña Sofronia; no me esperabas ¿eh? ¡que quieres! No he podido resistir á la tentación de venir á tu casa á desahogarme...

— Pero, ¿que demonios le pasa á usted, señora suegra? Está usted toda sofocada y cariacontecida.

— No es para menos, ¡qué perdición de hombres! ¡y todavía les hacemos caso las mujeres! ¡venimos escandalizadas!

— ¡Escandalizadas! repitió Corita, como un eco.

— Pero ¿de qué se trata mamá? preguntó Regina maquinalmente.

— De Gorito.

— ¡De Gorito! resonó el eco.

— ¿De Gorito? preguntó Esteban, soltando el sombrero de la mano.

— ¿De Gorito? repitió Regina, abriendo enormemente los ojos, y prestando viva atención.

— Si... ¡de él! prosiguió doña Sofronia, echando fuego por los ojos. ¡Y pensar que Corita estuvo en un tris de quererle! ¡si no se puede querer á los hombres! ¡si es pecado mortal hacerles caso! ¡si todos son unos... ¡unos!...

Estéban volvió á tomar el sombrero.

— Pero, mamá, ¡explícate, por Dios! ¿qué pasa con Gorito?

— Pues, nada, una cosa increíble; que acabamos de verle en la calle, en un *milord*... ¿con quién dirás?; escandalízate! ¡con una bailarina de la Opera!

Regina se puso densamente pálida, pero procuró reponerse al instante y dominar su emoción.

— ¿Que tal? dijo Esteban á su mujer con mucho retintin: ¿fué tan burro al poner de patitas en la calle á ese gorila? Que vengan los siete sabios de Grecia y que digan si en mi caso...

— ¡No, hombre! interrumpió la suegra; déjenos usted ahora de gringós; no queremos ver á nadie; que vengan cualquier noche de recibo, si gustan; hoy necesitamos ocultar nuestra vergüenza...

¡Infame Gorito! ¡que descaró! Y hubieses visto, hija, hubieses visto la sonrisa insolente que nos dirigió al pasar, como diciendo, me importa un rábano que lo sepan ustedes.

— ¿Y dónde fué eso? preguntó Esteban.

— Pues en esta misma calle, sin temor á la gente ni á la luz...

— ¡Claro! dijo para si, Regina; ha querido vengarse del desaire sufrido y me insulta con la otra! ¡Y pensar que estuve á punto de caer en brazos de ese miserable!

— ¿Qué dices ahora, mujer? exclamó Esteban, dirigiéndose á su esposa: ¿todavía insistes en que fuí un burro?

— No, dijo Regina, roja de vergüenza y colgándose del cuello de su marido; al fin Dios me ha abierto los ojos y he comprendido que tu fuiste el sabio y yo... la burra.

CASIMIRO PRIETO.



LOS CELOS DE GEDEÓN

Gedeón de celos brama:
vé que Gil de Mas, acosa
á requiebros á su esposa
y sospecha que ella le ama.

Mas le recibe sonriente
cada vez que le visita
en su casa, pues no quita
lo cortés á lo valiente.

El acusa á su mujer
y nó con acento flebil,
pues si la mujer es débil,
el demonio ¿qué ha de hacer?
Y por si fuese... incorrecta
su conducta, cual supone,
antes que su fe traicione
quiere echarle una indirecta.

Hoy fué Gil, y Gedeón,
fingiendo aire campechano,
le tendió la diestra mano;
luego, con negra intención,
volvióse y dijo á Tomás,
su criado:

— Por si lo ignora
anda y dile á mi señora
que aquí está el señor... *De Mas.*

OXIACANTO



Clodión que era artífice y poeta
y mago del cincel y del encanto,
hubiera perfilado tu silueta
con la nieve del pálido oxiacanto.

Y en la red luminosa de su canto,
que un sugestivo símbolo interpreta,
surgiera tu hermosura de Julieta
cual una diosa de estrellado manto.

Como un querube que sonrió á la aurora,
mirando tu belleza arrobadora,
te cantara algún lírico divino;

Pero yo te concibo, como artista,
bajo un nimbo de luz prerrafaelista
ó surgiendo de un raro gobelino...

MANUEL J. SUMAY.



EPIGRAMA

¡Qué feliz eres! Sabino,
tu siempre vives sin penas.
— Es que nacidas apenas
trato de ahogarlas en vino,
aunque me halla de achispar,
y así tranquilo me quedo.
— ¡Dichoso tu! Yo no puedo:
las más saben nadar.

EL RELOJ DE GEDEÓN



I. — Compra un reloj, Gedeón, sin cadena ¡oh improvisión!



II.—Vuelve á su hotel muy apriesa y lo deja en una mesa.



III.—Sale del cuarto un momento, no se sabe con qué intento.



IV.—Vuelve y prorrumpe en un ,oh! al ver que falta el reló.



V. — Mas recuerda el majadero
que le dijo el relojero:



VI.— Este reló le conviene
¡verá usted qué marcha tiene!.



VII.—Tan buena ¡Dios nos asista!
que ya se perdió de vista.



VIII.—Y su improvisión condena
de tenerlo sin cadena.

MALICIA



Marieta amaba á su pájaro muy de veras y le hablaba tan en serio, que cualquiera, que la hubiese oído creería que se trataba nada menos que de una conversación con una persona.

El muy mimado animalito había sido el regalo de una tía que vivía en Australia, y desde el primer instante de su llegada á la jaula nueva, la linda chiquilla le prodigaba cuidados exquisitos.

Sus lecciones de escuela las estudiaba allí junto á él, en alta voz, y cuando concluía, estallaba el ave en una sarta de notas agudas, que la hacían reir á carcajadas sonoras.

Un día, Marieta tuvo el raro capricho de enseñarle á comer los granos de arroz, colocándolos entre sus labios rojos. Hizo la prueba; puso al pájaro frente á su boca y despacio, despacito, la alegre avecita se fué irguiendo sobre sus patas oscuras y ... ¡zás! de pronto picó, pero no picó el arroz; prefirió la fresa húmeda y sensual desu boca.

Y entonces ella, furiosa, colérica, con su labio mordido, exclamó:

— Ah, ingrato! ahora qué iré á suponer mamá cuando me vea?

RAFAEL ANGEL TROYO.

EPIGRAMA

Anoche, me dijo Rosa,
aún borracha de la orgía,
soñé, por fortuna mía,
que era una piedra preciosa.
—Pues, no me causa sorpresa.
— ¿Sabes cual?

— Me lo figuro:
con tal *turca*, de seguro
te convertiste en *turquesa*.



A JOSÉ SANTOS CHOCANO.

¡Soberbio despertar! En los alcores
 Se difunden los rayos de la aurora,
 Y allá, en lo espeso de la verde flora,
 Se inquietan los alados trovadores.

Triunfa la luz; la niebla se evapora...
 Y entre sauces, cascadas y rumores,
 Copiando cielos, retratando flores,
 Se desliza el raudal. Encantadora

La reina de los mundos, Primavera,
 Como nunca, graciosa y hechicera,
 Vuelve con sus oscuras golondrinas.

Y con ellas, debajo del alero,
 Quebrando los impulsos del pampero,
 La regia floración de las glicinas.

EUGENIO C. NOÉ.

El Loro y el Perro

(CUENTO)



Tenía un tal Miraben
 hace larga fecha ya
 en la calle Paraná
 un boliche de almacén,
 donde, en voluntario encierro
 vivía, á manera de oso,
 si nó envidiado, dichoso
 con un loro y con un perro.
 Que era el loro hay quien abona
 hablador é inteligente;
 más de un chiquillo inocente
 le creía una persona.
 Valía entonces la sal
 un real, aunque no sé
 si la libra, ó media, ó qué,
 pero cuando de la tal
 de entre el parroquiano coro
 el precio alguien preguntaba,
 — ¡A real! le contestaba,
 junto con el amo, el loro.

Como el patrón no era necio,
subió la sal, de hambre ahito,
pero el infame lorito
no quiso alterar el precio.
Y oyendo que el animal
sin cesar le desmentía
en sus barbas, pues seguía
pidiendo sólo un real,
tomó, con furia insensata,
un tarro, y con tal fiereza
se lo arrojó á la cabeza,
que si le acierta, le mata.



No repuesto aún de la liza,
vió al perro hacer, á su lado,
no se qué desaguisado
y le pegó una paliza.

Y oyendo quejarse al tal,
fué el loro, aún presa del miedo,
y le preguntó muy quedo:
— ¿también has dicho á real?

CASIMIRO PRIETO.



IDEAS SUELTAS



E aflige pensar en la angustiosa situación de los telegrafistas... antes de la invención del telégrafo.

Las conveniencias sociales han poblado el mundo de fantasmas que espantan á la felicidad.

Todos delinquimos contra la sociedad en el pensamiento. Los más fuertes delinquen de hecho y rompen con ella.

La debilidad conduce á la esclavitud. Solo los fuertes son libres.

De la tiranía social nace la hipocresía.

El amor, el más espontáneo y el más libre de los sentimientos humanos, ha sido cargado de cadenas que lo fatigan y lo extenuan.

Donde no hay libertad, no puede haber amor.

El amor convertido en deber pierde todos sus atributos y todas sus nobles cualidades.

Cumplir los deberes del amor, no es amar.

La mujer es un enigma que, descifrado, pierde todos sus encantos. De hombres discretos es no penetrar en el espíritu de la mujer amada.

El que empieza por hacer albardas, suele acabar poniéndoselas.

SALVADOR ALFONSO.

OH, EXCELSA!....

En el album de la Señorita
MARÍA CARMEN NAÓN.

Cómo cantarte!...

Si las exangües tuberosas que agonizan, se ierguen redivivas á tu paso de hada; si las purpúreas dalias ducales, que desafían en su orgullo al sol del mediodía, desmayan envidiosas ante la gloria de tu mirada; si el arpa eolia que diz que tañera la griega Aspasia, enmudeciera al oír el rítmico arpegio de tu risa, que ilumina, que encanta, que fiota como un himno en el jardín de mis quimeras...

Dí, ¡cómo cantarte!

CÁRLOS P. CÁCERES.



INDEPENDENCIA

Llegó, como un tumulto que desquició las puertas
Vetustas del Palacio, la independiente Edad.
El cóndor de los Andes sus alas lució abiertas
Y picoteó los rayos de aquella tempestad.

Se irguieron los criollos sobre las razas muertas;
Las momias de los indios clamaron libertad;
Colombia y Argentina cruzaron sus alertas
Y Sucre selló el pacto por una eternidad.

Dijérase que Sucre fué el sólido cimiento;
Bolívar la columna del propio monumento,
Contra la cual en bronce se yergue San Martín,

Y sobre el monumento, que en las Edades crece,
La juvenil figura de Córdoba parece
El ángel de la fama tocando su clarin...

JOSÉ SANTOS CHOCANO.

PRECOCIDAD



- ¡Vestir de largo á tu edad!
- Sí, son mis votos sinceros
y tú y mamá al oponeros,
haceis mi infelicidad.
- ¿Porqué?
- ¿No te has hecho cargo?
- No, hija, y estoy absorto.
- Porque vistiendo de corto
los chicos pasan de largo.

Recetas de Oro

Contra el dolor de muelas



¡Lector! si no te recrea
y de él te quieres librar,
haz lo siguiente: en lugar
de subirte á la azotea
y, en tus fieros arrebatos
no del todo reprimidos,
exhalar allí quejidos
á imitación de los gatos,
debes poner enseguida
con un pequeño pincel

ó un escarbadientes, miel,
en la muela dolorida,
más no con maneras toscas,
pues la cosa es delicada,
• y ten la boca cerrada
para que no entren las moscas.
Repite la operación
cuantas veces se te ocurra,
sin temor de que te aburra,
pues es una distracción.
• Luego, si te duele más,
debes frotarla sin miedo
con un dedo (cualquier dedo)
empapado en aguarrás,
con lo cual se entona y pule,

y aunque poco te divierta,
ten la boca muy abierta,
para que el aire circule.

Después, si de ira pletórico,
no renuncias al remedio,
haz cada minuto, ó medio,
buches con ácido bórico;
advirtiendote, lector,
como cumple á mi deber,
que si los puedes hacer
con agua hirviente, es mejor.

Luego, para que no duela
ni á tal remedio resista,
te vas á ver á un dentista
y te haces sacar la muela.

CASIMIRO PRIETO.



MADRIGAL



En un album.

Tanto, os ofende, señora,
el pesar que me devora,
que con desdén, casi airada,
así apartais la mirada,
del ser que tanto os adora?...

Mas no temais se desaten
ni que inhumanos maltraten
el alma, vuestros enojos;
mire, al menos, esos ojos
aunque esos ojos me maten...

BROCHA GORDA.



AL AIRE LIBRE

(Una calle. Sobre la misma, en el fondo, un mercado. Criadas que van de compra y "mozos de avería".)

ESCENA I.

CATALINA y JACINTO:

CAT. — (con un cestito, sale del mercado).

JACINTO. — (Desde la esquina, donde la aguarda). — ¡Bien haigan los ojos que la ven! Parece que uno se mereciese esta dicha solo pa un veinticinco é mayo. Diga... se ha güelto alguna doña encopetada? (Ella continua su camino y él la sigue).

Ya no conoce á la gente. Caramba!... y yo que soy medio anarquista... desde el estao de sitio. No ve? Pañuelo colorao, macuco, de esos que hacen agarrar á los milicos

cada estrilo!... Pero conteste, prenda, ¿ó se ha güelto nada, como ministro interpelao?

CAT. — Calle! También de política me va hablar? Diga, es empliao del gobierno ahora? Si ya me parece verlo de yaquetín, y barita y florcita en el ojal...

JAC. — En el ojal, dice ¿Ojal?... ¡Ojalá! Pero oiga, Catalina ¿me ha visto cara é zonzo?... ó de Utamendi, ó de un Richeri culesquiera?

CAT. — No ve? Si ya ha conseguido hacerme hablar. Caramba!... con estos hombres que la siguen á una como pichicho de inglés.

JAC. — Ya los conozco, sí; que se hacen cada cosa en el alfombrao... como pa regalo é novia.

CAT. — Jesús! no me pise el vestido (*se lo recoge coquetamente*) que, aunque pobre y deshilachao, hay que cuidarlo entuavía. (*suspira*) ¡Como hace tanto tiempo que se acabaron los hombres que regalaban!.....

JAC. — Ah! negra. Entonces gobernaba Juaricelman y hasta le daban á uno un par de vaintes pa tocar la guitarra en el clú, todas las noches, y pa comer empanadas, todos los domingos, en los huecos é los suburbios. ¡Aquello era política! Le ponía uno la biaba brava á cualquier encopetao, embarbijaba cuanti quería y después... ¡ni fosforos! Venía el comisario ú el oficial y le decía como enojao: — Bueno, mandáte mudar pa tu casa y cuidadito con hacerlo otra vez. — ¡Qué tiempos!... Ahora se ha güelto todo pura bandera punzó, y compadrada, y espiches en las plazas y corridas bárbaras, llevándose las vidrieras por delante. Pa mí que esto no es progreso; pa mí que vamos pa trás.

CAT. — Hombre zonzo el que quiere enamorar muchachas y le habla de tortas fritas.

JAC. — Avise!... si pide barato. No ve que se me ha trabao la lengua y no puedo hablar de esas cosas?.. Vamos ¿á que no me dá ese clavel que lleva en el pecho? ¡Qué lindo! parece un copete é cardenal. Ve? Así son los copetes, y los claveles, y las camelias, como esa boquita que no me dice más que ingratitudes.

CAT. — Diga (*se detiene*) ¿se ha craido que soy de las que comen pasteles con grajea? Caramba! da más música que órgano é gringo!

JAC. — A mí me lo dice, caramelito é limón dulce?

CAT. — No ve? Tiene la palabrería pior qui el sarampión. Puro alabarse solo, puro contar cosas y pavadas... que á naides les importan, y perseguir muchachas honestas, como la que suscribe, que entuavía no ha encontrao el domador que la enfrene.

JAC. — De veras? No me achique tanto, niña. Si ya está obedeciendo á la rienda, sin saberlo. ¡Qué será cuando entre á jugar el látigo!... ¿No ve, prenda, que ya hemos andao como diez cuadras, y que si ha cabrestiao un poco no ha podido voltiarme entuavía? Quiere que le meta las espuelas?

CAT. — Puede... pa eso es jaca.

JAC. — Pucha digo!... que tiene el habla mal intencionada. Bueno, me va á dar, ú nó, esa flor? A ver?... míreme en la pupila é los ojos; piense que, en este instante, mi corazón es un pobre endiablao... y hable después, si tiene conciencia, y alma, y sangre é buena criolla! y cadera pa un tango bravo!

CAT. — Lástima é salida! Diga, don, ¿usté no subió nunca en el palo jabonao?

JAC. — Porqué me pregunta eso, prenda?

CAT. — Porque así es su amor, como el palo esè. Cuanti más juerza hace pa subir, más se refala....

JAC. — Pero me dá, ú nó, la flor? No ve que me estoy muriendo de ganas de oler?

CAT. — Flor y flor. Ávise, si va á jugar al truco! Mire, en tal caso, no vaya á cortar por la quebrada, oye?... Porque podrían creerlo pipiolo. (*Se lleva la mano al pecho, junto á la flor*).

JAC. — (Ap. y regocijado) Me la dá. Ahura sí que me la dá.

ESCENA II.

DICHOS y UN LUNFARDO (*que les seguía disimuladamente*).

LUN. — Esa prenda tiene dueño, cuñao. Y pa que no se olvide se lo voy apuntar. (*Salta sobre Jacinto y le golpea.*)

JAC. — ¡Cuando yo decía que me la iba á dar!

(*En actitud de ataque se lanza sobre el lunfardo. Aquel le derriba de un golpe. Jacinto cae con la cara dentro de un recipiente municipal*).



LUN. — Tomá, maula! ¿No querías oler? Y vos (á Catalina) manjá pa casa, si no querés que te acomode un boston con llave é sol!.. ¡O se han craido que así no más se le juega sucio á un hombre decente? Pcha, digo! Si parece que *la nueva* me estuviera llamando. Y esta negra... Merece que la escupan... Caminá, Catalina; caminá, te digo. No me hagás faltar á la ordenanza. ¿No sabés que está prohibido escupir en la vedera?

CAT. — Porqué no se lo dice á ese zonzo, que me iba siguiendo y se le caiba la baba?

(*Se van. Varios curiosos los siguen á la distancia.*)

Telón lento.

LEONARDO A. BAZZANO.



A los dormidos fulgores
 De una tarde ya lejana,
 Te veo aún en mis sueños
 Bajo el crespón de las ramas,
 Rubia, dulce, vaporosa,
 Entre las blondas rosadas
 De tu régia vestidura.
 Extremecerte en la hamaca,
 Con el oro de tus rizos
 Sobre tu frente de maga.
 Toda divina te veo,
 Porque aún vives en mi alma:
 Veo el mar de tus pupilas,
 -- Nido de luz de mis ansias --
 Veo el altar de tu cuello;
 Veo el blancor de tu falda
 Como un encaje de espuma
 Flotar en pliegues de nácar,
 Y agitarse como sueños
 Bajo una sombra encantada
 Tus piés, estuches de nieve
 En cuyo seno anidaran
 Mis delirios de poeta
 Como clemátides blancas.

PEDRO J. NAÓN.

EL RELOJ DE LOS NOVIOS

Misia Juliana, viuda de un tal Segovia tiene una hija muy bella que está de novia con un chico de alma sencilla y pura que pensaba ordenarse y hacerse cura.

Ella se llama Lia y el novio, Mario, lo cual no ofrece nada de extraordinario, pero lo que si tiene muchos bemoles, como dicen, con gracia, los españoles, es que, á Misia Juliana causando tedio, el novio va á la casa noche por medio, pues si tan á menudo no viese á Lia, no lo duden ustedes; ¡se moriría!

Y el reloj da las doce y hasta la una y no se ve en los novios señal alguna de cansancio, lo que hace del todo vana la ilusión que alimenta Misia Juliana, sus amores de antaño dando al olvido de que al cabo Morfeo venza á Cupido.

En bostezar pone ella no escaso empeño y ellos creen que es de hambre, nunca de sueño y si á insinuar que es tarde, la tal, se atreve:
— ¡Qué ha de ser tarde! él dice, no son las nueve.
— ¡Las nueve?

— Menos cuarto.

— ¡Quite usted, loco!

— ¡Le extraña á usted la hora?

— Me extraña poco pues, en cuestión de amores, siempre he notado que el reloj de los novios anda atrasado.

Anoche me decía Misia Juliana
con visible disgusto y hecha una grana:
— Como en vano ¡ay! imploro de Dios, auxilio
y estoy muerta de sueño y harta de idilio,
¿qué me aconseja que haga? conteste al punto.

— Aunque estudié muy poco tan grave asunto
yo creo, en este caso, muy conveniente
que exija toda madre, sabia y prudente
del novio de su hija, ya que, alelado,
siempre anda, en cuestión de horas, equivocado,
que use cuando á la casa va de su moza
el nuevo reló Ulysse Nardin, que goza
justa fama, que nadie negar podría,
de ser el más exacto que existe hoy día.

Y así, aunque el molzabete de enojo estalle,
cuando sea la hora se irá á la calle
y la mamá que hoy, cauta, por su honra vela
y se pasa las noches, de centinela,
se verá, por fin, libre, si ama el reposo
de un empacho de idilio, que es desastroso.

En resumidas cuentas, Misia Juliana,
si por hallar remedio tanto se afana
exija usted del novio tal requisito
y de su amarga queja désele un pito.

Solo cuando usted sufra de inflamaciones,
permitir puede al novio sus expansiones
y dejar sin protestas y sin reparo
que se pase las noches, de claro en claro,
cortejando á su hija, pues, nadie ignora
que un chico que suspira, hora tras hora
con una persistencia, que admira y pasma,
sirve, más que de estorbo, de *cataplasma*.

EN LA JOYERÍA.



Andrés por dar gusto á Fanny con todo y ser ya su esposa la lleva un día á la hermosa joyería de Escasany.

EN LA JOYERIA — CONTINUACIÓN



Entran y se echa á temblar
tan grande surtido al ver
y al notar que su mujer
todo lo quiere comprar.

EN LA JOYERIA — CONTINUACIÓN



Panny dice al majadero:
— Hijo, ten paciencia; en casa
de Escasany, no hablo en guasa
hay que gastar el dinero.

EN LA JOYERIA — CONCLUSIÓN



Andrés: — No diré que nó
pero te advierto de paso,
que ando de oro tan *escaso*...
que el *escasany* soy yo.

Las Postales



Entre las diversas manifestaciones del arte, la más amplia, la más universal, á la vez que la más exquisita, la que ha sabido concentrar el pensamiento y la belleza en una expresión rápida y concisa, es la tarjeta postal. Ella ha sido el abrazo artístico que ha unido á todos los países; nos ha hecho conocer sus obras más grandiosas, sus personajes más resaltantes; sus glorias más positivas: seria ó cómica, espiritual ó festiva, ha sido siempre la expresión de una idea, la exteriorización de la belleza moral y la gráfica expresión de la cultura material.

Nos ha revelado el carácter peculiar de cada raza; la postal de los pueblos latinos es franca y espiritual, rebosa intelectualidad; la germana y sajona, tienen la expresión rígida á la vez que melancólica de los países de aquella raza; la japonesa es delicada, exquisita, con esa delicadeza y exquisitez de los orfebres nipones; la americana, exuberante y soñadora, tiene el perfume de las selvas vírgenes y la voluptuosidad de las criollas.

Pero, desgraciadamente, también ha llegado á vulgarizarse; las inconsciencias, las medianías, les han dado otro objeto y por cierto un objeto bien triste! Rebajándola de su dignidad artística sirve ahora muchas veces para unir corazones burgueses ó para desahogo á los desvaríos de señoritas cursis y donceles de ultramarinos.

En nombre, pues, del arte y la belleza, protestamos de semejante atentado y en nuestra última postal, grabemos este dilema:

Ó la postal es una obra de arte ó debe desaparecer.

LUIS ESTEVES CHACALTANA.

MORÓN

Después del temblor violento,
que causó no poco daño,
ocurrido... en no sé que año,
ni importa, pues no hace al cuento,
yendo yo á caza de zorros,
no muy lejos de Moron,
hallé, huyendo, á Gedeón
con su esposa y sus cachorros.

— Deténganse sus mercedes
que ningún peligro asoma,
dije yo en tono de broma;
¿de donde vienen ustedes?
Y ella, abrazando á los chicos,
contestó, deshecha en llanto.

— Venimos, llenos de espanto
huyendo de los *seis micos*.

— ¿De qué micos?

— No reproche

su deficiente instrucción,
me dijo, entonces Gedeón
sonriéndose y *sotto-voce*;
su idea bien se trasluce
y huelgan necios comentarios;
ha leído movimientos
seis-micos y lo traduce
de esa guisa, en ella lógica.

— Mas, ¿qué temor les agita?

— ¡Hombre! el de que se repita
la conmoción geológica.

Por eso del pueblo emigro
 con mi familia; me aterra
 en él, un temblor de tierra.
 -- ¿Porqué? ¿Ofrece más peligro
 Moron, que otro pueblo, acaso?
 -- Si, tal, y tan inminente,
 que lo que es yo, francamente,
 ni un día más en él paso.
 -- Me extraña...

— No hay que extrañarse,
 pues, más que otra población
 está, sin duda, *Moron*
 expuesto... á *desmoronarse*.



MI MOLINO

En un album.

Como un molino de viento
 trabaja mi pensamiento;
 sin cesar, gira y voltea...
 muele el grano de la Idea
 y -- según dicen -- su harina
 si no es substanciosa...
 es fina.

SAMUEL BLIXEN.

EPIGRAMA

Dijo mi vecina Ledia
 á su criado, que es muy bruto:
 — Anda pronto, y ve, Canuto
 si ha dado el reló la media.
 Y fué el pedazo de atún
 y volvió y dijo azorado:
 — Señorita, no la ha dado;
 la llevará puesta aún.

EN LA COCINA



¡Ver descaro igual no espero!
 ¿hoy te he tomado Rufina
 y ya encuentro en la cocina
 escondido á un artillero?
 — Me hace usted poco favor
 al creer...
 — ¿Y este soldado?
 — Lo dejaría olvidado
 la cocinera anterior.



A la Señorita EMA NILDA STAUB.

Favonio, que así el Céfito se llama,
 me lo ha contado y creo firmemente
 que no es embuste de él: dice que te ama
 como á las frondas, y tampoco miente
 y que anhelando que tus labios bellos
 envidia dieran al coral y enojos,
 una mañana los besó y en ellos
 dejó semilla de claveles rojos.

CASIMIRO PRIETO.

Dib. de F. PRIETO.

GEDEÓN, DE INCÓGNITO



¿Porque, estando en un salón
 no se saca usted el sombrero?
 dije, con aire severo,
 cierta vez á Gedeón.

Y no bien oyó el reproche,
 contestó sin vacilar;
 — Porque deseo guardar
 el incógnito, esta noche.

Y añadió, aún de ira rubro,
 tras breve pausa, el maldito:
 — ¿No ve usted que si me quito
 el sombrero, me *descubro*?



Cita de amor

Callaron las folias, el viento que debilmente remedaba una sonata entre las ramas, suspendió su canción de suspiros y ternezas apenas modulada en el bosque y las estrellas parpadearon suavemente en las alturas.

Una ventana chirrió y por entre la úrdimbre de una tupida enredadera que con amor trepaba por aquella difundiendo cálidas fragancias, asomó la silueta de una joven que con

anhelo escudriñó la obscuridad, mientras su mano contenía las gratas impaciencias de su corazón.

Las flores refirieron historietas de plácidos amores y continuaron meciéndose en sus tallos á impulsos de la brisa juguetona; los insectos zumbadores continuaron sus nocturnas aventuras, mientras las luciérnagas tachonaban de fugaces fosforescencias la túnica inviolada de las sombras.

Las once campanadas, lentas, perezosas, como si estuvieran somnolientas, dieron en la torre de la vecina ermita y un chirrido más agudo de la ventana sobresaltó á un diminuto gusano que subiendo fatigado por un frondoso rosal, iba á requebrar de amores á una rosa encarnada, que esa mañana, había abierto sus pétalos al sol.

El silencio reinó de nuevo.

Los rumores del jardín quedaron en suspenso y á lo lejos, allá á lo lejos, perdido entre las ramas de unos brezos, se contorneó la figura de una persona que avanzaba con cautela en dirección á la ventana.

Un minuto después dos cabezas se juntaban, un beso ténue, velado por el miedo estallaba debilmente, en tanto que las flores murmuraban en voz baja del intruso que todas las noches venía á interrumpir sus coloquios y el gusano, enamorado, libre ya de sobresaltos, iba á contemplar á la rosa encarnada, que erguida y altanera, se columpiaba, ufana, en la rama más alta del añoso rosal.

CASIMIRO PRIETO COSTA.



ARMENIA

*

CANTO DE UN BARDO HELÉNICO

Virgen núbil de lánguidos ojos,
forjadora de azules quimeras,
no, mostrando pueriles enojos
con desdenes el alma me hieras.

En tu rostro marchito y enfermo
se revela letárgica calma,
sucesora del mundo en el yermo
de las recias tormentas del alma.

Como gala de psíquica alteza,
nimbo ténue de diáfana bruma
de tu helénica y dulce belleza
los gentiles contornos esfuma.

Y al mirar agitarse en tu frente
velo móvil de rizos sedeños,
brota y bulle en mi lúcida mente
un enjambre de rubios ensueños.

Sé que en lóbrego encierro te irrita
honda y cálida fiebre de amores
por aquél que en la obscura mezquita
te halagaba con besos y flores.

Sé que arrostras el torpe maltrato
del cadí que con ánsia neurótica
siempre aviva, tenaz é insensato,
tu nostálgia de virgen exótica.

Y que crecen punzantes dolores
en tu rítmico y mórbido seno
al perderse los puros albores
de tu fe y de tu amor en el cieno.

¡Quién pudiera curar tu alma herida
con perpétuos y célicos lazos,
si un refugio en el mar de la vida
le ofrecieran tus trémulos brazos!

Por beldad enfermiza te adoro,
yo el sombrío cantor vagabundo
que ha quebrado la cítara de oro
en las pérfidas sirtes del mundo.

Y al pensar en que Alá ha permitido
que te postre y consuma la anemia,
acompañó tu triste quejido
con mi audaz y vibrante blasfemia.

MANUEL A. SAN JUAN.

Lima.

EN EL CEMENTERIO

El día de difuntos,
Gedeón y su esposa andaban juntos,
con aire grave y serio
visitando las tumbas silenciosas
de hermoso cementerio,
lleno de sol, de pájaros y rosas.

De pronto la pareja
detuvo el paso ante una sepultura,
en la cual se leía
este epitafio, en letras ya borrosas:
*Aquí yace don Casto Polavieja,
Teniente coronel de artillería.
Murió de celos en edad madura.*

R. I. P.

— ¿R. I. P?, dijo al oído
de Gedeón, su esposa, deseando
saber de tales letras el sentido;
¿qué significa esa inscripción, marido?
— ¡Pues! que murió *rabiando* y *pateando*.



A la Señorita JOSEFINA M. BARRAZA.

Me contó un ruseñor... (los ruseñores,
 esos dulces poetas voladores
 que alegran, con sus cantos, la enramada,
 siempre han sido indiscretos,
 y en asuntos de niñas y de amores,
 entre las frondas, con su voz arpada,
 divulgan los más íntimos secretos);
 me contó un ruseñor, como decía,
 que Eros, el dios alado,
 te vió, oculto en el fondo de la umbría,
 á donde le llevaran sus antojos,
 y le dejó hechizado
 la clara luz de tus divinos ojos.
 Y dice que exclamó:

— ¿Porqué me ha dado,
 Vénus, mi madre, la más bella diosa,
 áureo carcax, de flechas bien colmado,
 en vez ¡ay! de unos ojos hechiceros
 como los ojos de esa niña hermosa,
 más que mis flechas, en herir, certeros?

CASIMIRO PRIETO.

Dib. de F. PRIETO.

LA VOZ DE LOS ANIMALES

Ruge el león, brama el toro, grazna el pato,
 muje el buey, cacarea la gallina,
 el borrico rebuzna, maya el gato,
 el perro ladra y el casado trina.

ACUARELA

Camino del hato, empapandose en el rocío amoroso de los mastrantos, marcha una campesina de ojos serenos y tristes como las noches de la pampa.

Un tibio sol de mañanallanera, ilumina la sabana verde, muy verde, con ese verdor soberbio de los inviernos tropicales.

A lo lejos las nubes semejan una inmensa franja gris, extendida en el horizonte.

Las vacas despiden á los becerros dando al aire dolorosos mujidos, mientras los *paraulatos* cantan alegremente en los penachos de las palmeras.

Una cantata melancólica y agreste se oye en el vecino monte: son los peones del hato, los buenos muchachos, que parten á la vaquería.

En lo más alto de la loma está la casa, una casita mística, incrustada en un marco de frescos plátanos.

Una *mancha* de ganado, acompañada, de continuo por los garrapateros, come tranquilamente en la falda oriental de la loma.

A la sombra de un frondoso matapalo, óyese piafar un caballo ensillado, en cuyas robustas ancas, luce un hermoso rollo de sogá, y doblada, sobre el pico de la silla, una *chamarra* de bayeta peluda.

El amo tiene puesta el alma en la preparación de un grande y artístico queso. La hora, la solemne hora del ordeño ha pasado, y en las orillas del corral, permanecen aún los clásicos *POSTREROS*, de una leche azulada y sabrosa.

Súbitamente resuena un *buenos días*, humilde y zalamero; todos vuelven la vista hacia la puerta, y cortejada por una legión de perros ladrones, entra en la casa del hato, la mujer de los ojos serenos y tristes como las noches de la pampa...

G. ESCOBAR.

LA CONSIGNA

Cuento vivo por APELES MESTRES



I. — Que nadie pase fumando ¿estamos? Pues ojo con la consigna.



II. — Bueno, pues, nadie pasará fumando.



III. — ¡Hola! ahí viene el coronel.



IV. — Y viene fumando... ¡Pues se fastidió!

LA CONSIGNA



V. — ¡Alto! ¡Ese cigarro!
— Pues ¿qué tiene este cigarro?



VI. — Que la consigna no permite que nadie pase fumando.



VII. — ¡Ah! la consigna lo manda... tiro el cigarro.



VIII. — Muy bien, muchacho. Así tiene que ser el militar: esclavo de la consigna.

LA CONSIGNA



IX. — ¡Rediez! ¡qué bueno es el coronel!



X. — ¡Y rediez! ¡qué bueno parece este cigarro!



XI. — No, pues, lo que es fumando, por aquí no pasa nadie.



XII. — Ahora, fumar estando parado... de esto no reza la consigna.

LA MUJER

A la Señorita ESTHER NISBOOI.

Si es la mujer, esencia, gracia, fuego,
 ¿Por qué extraña locura
 La hace surgir del mar el mito griego?
 Está más en razón quien la figura
 Brotando esplendorosa
 Del seno perfumado de una rosa.

CLAUDIO BETTEGA.



DESDE EL BALCON

Vió Andrés, desde el balcón, cruzar la calle,
 con indolente paso, á Margarita,
 una rubia muy rubia y muy bonita,
 de verdes ojos y de esbelto talle
 y con acento trémulo y fogoso
 dijo Andrés á la joven hechicera:
 — Es usted el clavel más primoroso
 de la riente y florida primavera.
 — ¿Se burla usted?
 — ¿Burlarme? No hay tal cosa;
 es usted tan hermosa,
 por más que de su hechizo no haga alarde
 y tanto su mirada me fascina,
 que por usted, vecina,
 en volcánico amor mi pecho arde.
 ¿Quién sus gracias al ver no pierde el seso?
 — Y me dice usted eso,
 replicó la beldad, con tono irónico,
 desde el *balcón*? Pues, bien, si mal no arguyo,
 yo creo, amigo Andrés, que el amor suyo,
 es, más que amor *volcánico... balcónico*.

BLANQUEANDO



Hombre, ponga usted más cal.
 — ¿Por qué? me paice que basta;
 en Calatayud se gasta
 menos y no queda mal.
 — ¿Es usted de allí, Sotorra?
 — Sí, señor.

— Pues, á fé mfa,
 que al verle blanquear, creía
 que era usted de *Cal-ahorra*.

GEDEÓN, ERUDITO



Según afirma Gedeón,
con las obras que ha leído,
que son muchas, ha adquirido
sorprendente erudición.

— Puesto que lo sabes todo,
deja que á tu ciencia acuda,
exclamé; tengo una duda
que de aclarar no hallé modo.

— ¿Tan difícil es el punto?

— Para tí será muy llano.

— Pues vete derecho al grano
y sepamos el asunto.

— Cuando, por desobediente
á Dios, nuestro padre Adan
tuvo que ganarse el pan
con el sudor de su frente,
¿se hizo, como fuera lógico,
leñador?

— No hay tal; te engañas

— ¿O cazador de alimañas
para algún jardín zoológico?

— No; después de sus deslices,
que aún lloramos, se dispuso
á hacerse industrial, y puso
una curtiembre.

— ¿Qué dices?

¿Allá, en los días primeros
del mundo?

— Podrá extrañarte
pero puedo asegurarte
que Adan trabajaba *en cueros*.

¡VENCIDO!



A CASIMIRO PRIETO COSTA.

Había gustado hasta la saciedad el nectar del placer en el fuego de aquellos ojos negros, cuyo suave fulgor templaban la frialdad de sus nostalgias.

De pronto las miradas de la hermosa fueron menos intensas; sus frases menos afectuosas, hasta que por fin, de una manera inevitable se produjo el rompimiento.

Y no era, sin duda, que á él le pesara no poder gozar ya de aquellas veladas animadas al calor de algun recuerdo que, cual capullo de hermosa flor iba abriendo uno por uno sus sedosos pétalos difundiendo cada pliegue el tesoro de su aroma... Nó; lo que él realmente sentía era la falta de carácter y de voluntad con que ella había procedido, tronchando así, sin abrir, la flor de la ilusión.

¡Cuántas noches, cerca el uno del otro, contemplándose en aquellos negros ojos, no le había expresado lo que su corazón sentía! ¡Cuántas veces, allí, en aquel mismo lugar, no había aspirado junto con el calor de sus frases, el perfume ténue y embriagador de sus encantos!

Esperanzas marchitas; deseos no satisfechos del todo; ilusiones desvanecidas; memorias perdidas; gratos recuerdos florecidos de tiempo que fué... Todo, todo desapareció como la espuma que se disuelve, como desaparece la más rosada ilusión ante el frío glacial de la triste realidad que nos abruma!...

¿Había sido vencido, entonces, en la lucha?... ¡quien sabe! La ilusión tronchada en flor; la esperanza desva-

recida, pueden de nuevo florecer en el jardín del corazón.

¿Había sido vencido en el combate?... Todavía no; el que persiste en la empresa puede estar seguro del triunfo y luego disfrutarlo arrullado al dulce calor de la victoria.

La ilusión, no es más que un sueño, sueño dorado si se quiere, pero nada más que sueño... Mariposa blanca revolando de la mente al corazón, para luego desaparecer impelida por el viento huracanado de la realidad... ¿Por qué, entonces, al despertar, después de haber dormido en los brazos del ensueño se había de creer vencido?...

Si las esperanzas no son más que insectos, tanto más brillantes cuanto más insensatas; tanto más hermosas cuanto más efímeras, posándose sin cesar en los verjeles del corazón, ¿por qué se había de entristecer si aquellos insectos buscasen nuevas flores donde poder extraer nuevos perfumes y nuevas ambrosías?...

El perfume de la flor no es eterno; aroma un momento, pero luego se desvanece. Así, las ilusiones, por dulces que sean, no son más que flores que enseguida se marchitan.

Y, si el aroma nos agrada, no hay más que un remedio: renovar las flores constantemente en el búcaro del corazón: trás de una flor, otra y otra, de manera que sea un desfile sucesivo de hermosas y fragantes flores...

LORENZO V. CRESPO.

Santa Fe.

EPIGRAMA

¿Cómo Don Martín Cifuentes,
un dentista de los buenos
no ha de conservar sus dientes
firmes, blancos y lucientes,
si come con los ajenos?



Oración de una soltera



San Antonio bendito, mi ruego escucha
y enternezca tu pecho mi duro agobio:
como en cuestión de amores soy poco ducha,
va he cumplido los treinta y estoy sin novio.

Cuando veo que otra, feliz, se casa
con un chico elegante, me da dentera,
amor me quita el sueño, mi pecho abrasa
y yo me encuentro; ¡oh Santo! muy mal soltera.

Ya que orando á tus plantas me ves de hinojos,
no desoigas mi ruego, Santo bendito
y á ver, aunque te rias de mis antojos
si me mandas el novio que necesito.

No te pido un Adonis, y harto se explica
que no sea exigente, pues, según creo,
en cuestión de casaca, para la chica
que ha cumplido los treinta, no hay hombre feo.

Tampoco pido un sabio; me basta un zote
con tal que no alimente pasiones bajas,
pues un marido tonto de capirote
tiene, si bien se mira, muchas ventajas.

Mi divisa es: *contigo pan y cebolla*
y mi mano al más pobre tampoco niego,
pues, sino es, por fortuna, su amor bambolla
ya veré si cambiamos de *menú*, luego.

Si el pollo con que sueño resulta gallo,
con él no he de mostrarme menos vehemente,
pues, á mi edad, al novio, cómo al caballo
regalado no es justo mirarle el diente.

Lo que anhelo y te pido con toda el alma,
es un novio, aunque, casto, mi afan reproches,
pues amor me desvela, roba mi calma
y sin calma y sin sueño, ¡paso unas noches!...

Pensar que me desaires, Santo bendito,
desoyendo mi ruego, fuera una injuria;
más ve que el caso urge, que me derrito
y no veo la hora de ir á la curia.

Colma, pio, mis ansias y te prometo
muchos ramos de flores y mucha cera,
pues ya cumplí los treinta (guarda el secreto)
y yo me encuentro ¡oh Santo! muy mal soltera.

CASIMIRO PRIETO.

Para olvidar las penas

(CUENTO)

Entre esos viejos cuentos orientales, tan llenos de moralidad como de sabiduría, hay uno que debe ser conocido y popularizado.

En la mitad del camino cayó para no levantarse más, un camello que iba cargado de preciosas mercancías, marfil, resinas, plumas, telas y perfumes, y el mercader y sus esclavos en vano pugnaban por hacer que de nuevo caminara el indócil ó fatigado animal.

Acertó á pasar por allí el Visir, y viendo cuánto y con qué inútil crueldad azuzaban al camello, dijo:

— Desalmados, que no conocéis el por qué de las cosas; cesad de torturar en vano á esa bestia.

— La noche se aproxima y es forzoso que lleguemos á la aldea antes de obscurecer.

— Llegareis, contestó el Visir.

— ¿Y cómo si el camello no se mueve?

— Traed aquel peñasco y aquel otro, y ponedlo uno por uno sobre la carga del camello.

Así lo hicieron los otros, más por miedo al Visir que por esperanzas de éxito, y el camello se ahogaba ya bajo el peso que le oprimía.

— Ahora, quitad de golpe las piedras, dijo el Visir.

Así se hizo, y tan pronto como se sintió libre de ellas el camello, contento con su acostumbrada carga, se levantó ágil y respetuoso y siguió caminando hasta la aldea.

Es fama desde entonces en el Oriente, que cuando un hombre se siente abatido por las penas, echándose á cuestras algo de las de los demás, queda tan aliviado, que las suyas propias le parecen muy dulces y llevaderas.

X. X. X.



PARADAS...



Ch'Erramuspe, salí di hay
 porque m'está pareciendo
 que t'has parau sosteniendo
 la puerta del Operai.
 Vení... que se van á crer
 que no tenés meneguina
 p'al dentro, ó qu'está muy ruina
 la soiré del Gutembér.
 — Mirá; no me hablés Banana
 n'insistás.

— ¿Pero que hay?

— Si dentro mato algun jay.

ú estropeo á "la tirana."

— Contá... ¿Te piantó la piva?

¿La diste de contundente?

¿Ó es que te has pelau la frente

ó te l'han ligau de arriba?

— Nada; pamplinas....

— ¿Que ha sido?

Salía yo del toilete,

en dirección al bufete

con la fémina prendido....

— ¿Con cual? ¿La telefonista?

— La picada de viruela

que te present'en l'Estela

cuando el clú Bandolinista.

Me había apuntau del carné

dos polcas, cuatro lanceros

y aunque los bailo muy fieros

todos los *Ramon dancé*,

cuando l'embroc'Asunción

un jai que has de conocer

que se apela reportér

pa colarse de garron.

— ¿Señorit'este lancero?

— *Lo tengo comprometido*

— *Pero soy yo quien lo pido*

— *Bueno... capture el primero*

— ¿Y te dejó asi de vela?

— Como l'óis; ciego d'estrilo

y la indina de gran filo

piernándole á l'alta escuela.

....Después piantó del salón.

— ¿Pa la calle?

— ¡Pa el bufé!

El otro pagó el café

con sangüis de salchichón.

¡Me dió calor!... Sentí gana

de acomodarle un biandaso.

— Yo, Erramuspe, en ese caso

n'hubier'hecho esa macana.

— ¿Y entonce qué vas hacer

si estás comiendo una breva
 y viene otro y se la lleva
 y se l'empiesa á comer?
 — El desprecio, ché, el desprecio.
 En eso de hacer el oso,
 el sistema desdeñoso
 no tiene, Erramuspe, precio.
 Te ubicás en el salón
 muy tieso, d'escrapela,
 pa que sep'unque le duela
 que sos de la comisión.
 La mirás com'un pesquisa,
 das un pasito tanguero,
 y si manja el compañero
 le apuntás una sonrisa,
 le decís si sale al paso
Leguiyun; junto á l'oreja
 y si fila en tren de queja
 le formulás un codaso.
 ¿Que termin'el bailecito
 y el lirili está caliente?
 vos l'indicás muy sonriente
 — *¿Quiere seguirme mocito?*
 Te sigue... Medís el soque,
 preparás la refalosa,
 y decís como quien goza:
 — *¿Pa el Rauson ó p'al San Roque?*
La susodicha, argentina,
qu'es rea de un servidor,
pernocta con su editor,
docientos cincuenta, Alsina.
 Y como cosa de magia
 sobre el pucho y con violencia
 procedés de contundencia
 y producís l'hemorragia
 — ¿Y si el otro es basiador
 y me endilg'un sosegáte?
 — No seas huelguista
 — Explicáte
 vos que sos buen parador.
 — Si solo no te bastás,
 no te asustés, soy tu amigo

¡si yo goso cuando ligo
en las broncas, por detrás!



— Pues adentro. ¡Se la damos!
Va perder la filiación,
dentrá, Banaña, al salón
¡verás cómo lo dejamos!
— Mirá... perdonáme hermano,
pero las obligaciones,
contra nuestras intenciones
suelen ganarnos de mano.
— Pero, ¿como?... ¿No dentrás?
— ¡Juna perra!.... es que la mina....
¡Mirá... t'espero en l'esquina
....Si es de apuro me chiflás!.

ROBERTO I. CAYOL.

RECETAS DE ORO

FLAN RUSO



¿Habeis probado el flan ruso
que cantó Orloff el poeta?
Pues he aquí la receta,
que á mis instancias compuso,
cuando estuve á visitar
al príncipe Menchikoff,
el baron Hugo Pitoff
ex-repostero del Zar:
Se toma un litro de leche
y otro de azúcar molido
y una vez el todo hervido
con añil ó con campeche,
para que tome color,
hay que hacerlo hervir de nuevo
con quince yemas de huevo
y siete clavos de olor.

Revuélvese todo junto
con la mano de almirez
ú otro objeto, y una vez
que está el dulce á medio punto,
con un ademán sencillo
se vierte en la budinera
que, poco antes el que opera
prepara con quemadillo.
Se pone al Baño-Maria
durante una hora no escasa;
(si fuese al Baño-Tomasa
el flan no resultaría).

Luego, no bien se ha sacado
de la budinera el tal,
se polvorea con sal
y azúcar alcanforado.
Se coloca con premura
en una fuente no estrecha
y así que se enfría... se echa
al cajón de la basura.

Más, por si hay alguien que intente
sobre este punto ilustrarse,
advierto que puede echarse
del mismo modo caliente.

CASIMIRO PRIETO.



La hija de Gedeón

- ¿Qué estas copiando, Gabriela
con tan desusado afan?
— *Las babuchas del sultán,*
una preciosa novela
del baron de Torre Alta
que me prestó Tomasito
y devolver necesito
mañana mismo, sin falta.
— Tu aplicación me enamora;
¿y la copias? ¿con qué intento?
— Por que no tengo un momento
para lecturas, ahora
y es tan vivo el interés
que encierra, según oí,
que copiarla resolví
para leerla después.

EL PODER DE LOS DIAMANTES



I — Sin joyas ¿qué elegante
su amor ansia?
eso se llama pura
cursilería.



II — Mamá las lleva al teatro,
muerta de tedio,
y no encuentran ni un novio
para remedio.



III — Heredan de su abuela
diamantes ricos,
y entonces ya á las chicas
no faltan chicos.



IV — Y muerden el anzuelo,
los elegantes,
¡Oh poder asombroso
de los diamantes!

RECONCILIACION

Después de dos años de matrimonio, Alberto y Julia obtuvieron su separación legal, previos los enojosos trámites que prescriben los Códigos.

Casados muy jóvenes, aún no terminaba la primera luna de su matrimonio, cuando á la miel de esos encantadores días se mezclaban ya gotas de acibar.

Desigualdad de caracteres, orgullo por ambas partes, susceptibilidad infinita en el esposo, delicadeza enfermiza en Julia, circunstancias todas que les obligó á buscar separados uno del otro, la felicidad que se había evaporado entre sus manos.

El nacimiento de un pequeño pudo prolongar algunos meses más la unión conyugal; pero pasados los primeros arrebatos paternos, también aquel hilo de oro que los ligaba se rompió, y, Julia y Alberto intentaron hallar cada uno por su cuenta el nuevo sendero de la vida.

El hijo quedó al cuidado de la madre, que encontró en él una fuente de consuelos y de alegrías siempre mezclados á sus tristezas de viuda con esposo. Alberto, con todas las energías de una poderosa juventud, supo hallar en los placeres el alivio pasajero de su mal, considerando ya destruido para siempre el edificio de su dicha. Las aventuras galantes, las orgías mal encubiertas llevaban un rumor doloroso á los oídos de la esposa que se torturaba con indescribibles tormentos para encubrir su pena y mostrarse ante el mundo fría, orgullosa, indiferente.

En esos momentos de indescriptible amargura y cansancio moral, se fortificaba contra la tentación de la venganza refugiándose al lado de su hijo, cuya sonrisa era una promesa de dichas sempiternas en un mundo mejor, aquel de donde había descendido ese angelito de ojuelos negros que empezaba ya á darse cuenta de su estancia en esta tierra de miserias.

De ocho en ocho días la niñera llevaba al chiquitín á casa del padre. Allí recibía cariños y regalos, y á su vuelta

al hogar materno era comido á besos por la madre cuyo dolor se renovaba mediante aquella viviente comunicación con su marido.

Sus ojos llenábanse de lágrimas al estrechar contra su corazón á aquel pedazo de su alma que también lo era de otra en un tiempo amada, y aquella mujer devoraba en silencio sus penas que creía irremediabiles.

Pero aún aquella finísima é invisible red que la ligaba á Alberto, rompióse también. Su hijo murió, y ella quedó sola, sola en el mundo, como sepultada entre los escombros de su antigua ventura.

Entonces su desolación no tuvo límites; el mundo le parecía un vasto panteón y ella una alma en pena condenada á vagar sin objeto arrastrando su miserable cadena en la existencia.

Encerróse en el hogar ya frío, y entregada á su inmenso pesar, muchas veces la sorprendió la aurora frente á la cuna abandonada de su hijo.

Para Alberto el golpe fué terrible; por un fenómeno que á menudo se repite, aquel hombre mundano y arrojado al placer, amaba á su hijo apasionadamente, por amor propio quizá, con ese afecto desenfrenado con que el egoísta ama cuanto de una manera directa atañe á su persona, más, si se considera que el hijo es, á la postre, la prolongación del propio ser.

Lo vió morir; contempló la penosa agonía del pobrecillo, sintió que su cuerpecito perdía el calor vital y recibió las últimas y dolorosas miradas de aquellos ojos vidriosos que tan pronto se despedían de la existencia.

Su dolor fué estrepitoso como sucede en hombres poco avezados al sufrimiento, y durante muchos días vagó como un loco, estancia por estancia, de su casa convertida en la más sombría de las mansiones.

Un día en que su sensibilidad se halló más exitada que nunca por los frecuentes insomnios, la debilidad y el aspecto melancólico de la naturaleza que parecía acompañarlo en su tristeza, quiso con vehemencia ver de nuevo la alcoba en que su hijo exhaló el último suspiro, la cuna en que sufrió su imborrable agonía.

Más de un año hacía que no traspasaba los umbrales de su antigua casa, y sus manos temblaron al llamar á la puerta.

Al penetrar en los vastos corredores, en la sala suntuosa, ahora severa por el luto, al recorrer con la mirada los muebles y *bibelots* que le fueron familiares, un mundo de recuerdos inundó su memoria, y su dolor se exacerbó hasta arrancarle suspiros.

En la estancia cercana percibió sollozos, gemidos ahogados cuya procedencia adivinaba, y se sintió aislado, vencido en la lucha, muerto en vida, sin consuelo posible. Era un cadáver viviente que ahondaba él mismo su sepulcro y esperaba sólo el último golpe para precipitarse en él.

Un sirviente lo condujo á la alcoba trasmitiéndole las excusas de la señora que accedía á la justa pretensión del padre: ¡ver el lugar en que exhaló el último aliento el hijo adorado!

En la sombría estancia iluminada apenas por las entreabiertas ventanas, Alberto distinguió cerca de un gran lecho la camita adorable de blanquísimas cortinas recogidas ahora con cintas negras. Aún pendían de las varillas del pabellón juguetes inmóviles, muñecos de ojos inexpresivos, esferitas de cristal de vivos colores y contrastaba aquel nido pequeñito y coqueto, con la inmensa cama de caoba llena de sombras misteriosas.

¡Allí, en aquellos dos lechos se hallaban los espectros de su muerta felicidad!

Conforme sus ojos se acostumbraban á la semi-obscuridad del recinto, véa los detalles de aquella inolvidable alcoba, muda testigo de su doble amor. Si, vió entre las nieblas de sus lágrimas la risueña figura de su hijo que le tendía los brazos riendo con argentinas notas; aquellos movimientos desacordes con que el pequeño expresaba su violenta alegría, y al lado la buena madre, hermosa rebotante en juventud, con la belleza de la maternidad dichosa, y aquellos dos fantasmas, uno desaparecido para siempre, el otro arrastrando la penosa vida, se le presentaron con lánguido aspecto y tristísima mirada,....y él, era la causa de sus dolores, él había ahogado su ventura y condenado á un suplicio peor que la muerte á la mujer más tiernamente amada en otro tiempo.

Entonces algo extraño que jamás había sentido le subió del pecho á la garganta; sus ojos se llenaron de lágrimas de arrepentimiento y de dolor, y los sollozos, los ge-

midos, brotaron impetuosos sin que freno alguno pudiera detenerlos.

Se arrojó sobre los almohadones de aquel lecho, los besó humedeciéndolos con su llanto, y descansó su cabeza sobre aquellos blandos cogines que esparcian un perfume harto conocido para él.

De pronto ¿que pasó? ¿era un sueño dichoso? ¿acaso había muerto y ya mejores regiones de Dios le deparaban una celestial visión? Su mujer, pálida y enlutada, se arrojaba sollozante en sus brazos que instintivamente se extendieron á la conocida caricia, y enlazaron aquel cuerpo esbelto, fino, que tantas veces estrechó contra su ardoroso corazón.

¡Oh la ternura del dolor y de la alegría reunidos! ¡Dichosas lágrimas las del reconocimiento y del perdón!....

Una nueva comunión se estableció entre aquellos dos esposos tanto tiempo alejados de la intimidad conyugal, y el lazo de un dolor común ligó con fortísimos vínculos las dos almas que parecían ya aisladas y muertas para siempre.

Y al unir sus labios en ósculos de amor y reconciliación, les pareció oír sobre sus cabezas el aleteo de querubines, el parloteo de pequeñísimos ángeles que celebraban la victoria conseguida desde el cielo, por el pobrecillo que con su muerte compró la ventura de sus padres.

JESÚS GALLO.

México.



La pregunta de Lulú

No bien bajó del púlpito, aquél día,
Lulú, la cortesana sin pudor,
fué en pos de él, y ambos ya en la sacristia,
así dijo al ministro del Señor:

— Respondedme y mi audacia no os asombre
si, como predicais, y es de creer,
Dios se encarnó en el hombre,
¿en quien se encarnó el diablo?

-- En la mujer

LA PRIMERA PIEDRA



ELLA — ¿Te extraña, Rodrigo, verme hincada ante un retablo?

EL — No sabía que el diablo hubiese roto contigo.

ELLA — De la dicha en pos á Dios, á quien amo, acudo.

EL (*en son de moja*) Dudo
que engañes también á Dios.

ELLA — De orgias y bailes
y goces harta, mi intento
es entrar en un convento...

EL (*sonriéndose*) ¿De frailes?

ELLA — A pesar de tus mofas
para mí, todo ha concluído.

EL — ¿Ya no arrullan tu oído
del poeta las estrofas?

¿Quemaste de amor las palmas
y, pensando en tu decoro,
ya de tus cabellos de oro
no haces redes de las almas?

¿El ardoroso doncel,
á quien sorbiste los sesos
ya no desgraná sus besos
en tu boca de clavel?

Pues, así y todo, Lulú,
no creo en tu contrición,
ni fácil la salvación
de una mujer como tú

ELLA — Mi alma en Dios confía

EL — ¡Esperanza ilusoria!
¿Cómo ha de entrar en la gloria
alma manchada en la orgía?

ELLA — Pues ves mi quebranto,
limpia ascenderá á la altura...
¡del alma la mancha impura
la lava, el dolor, con llanto!

EL — Del mundo, poco amable,
no esperes tanta piedad.

ELLA — (*con mucha humildad*):
El que se crea impecable,
si mi vida escandalosa
de ayer, le asusta y le arredra,
¡tire la primera *pedra*...

— EL (*sonriéndose*) ¿Preciosa?

CASIMIRO PRIETO.

GEDEÓN, ASUSTADO



— ¿Por qué huyes, Gedeón?

— No me detengas, Pascual
tengo miedo á ese animal
y pienso que con razón.

— ¿Estas loco?

— En él repara
y verás que no deliro,
¿no es un caballo de tiro?

— Bueno ¿y qué?

— ¿Y si dispara?

Mística



Me arrodillo... Y contemplo
el manojito de lirios
que se consume en el altar del templo
y veo en el altar arder los cirios.
Oigo el arpegio místico que flota
en la atmósfera tibia y perfumada,
mientras pugna el incienso en densa nube
por ascender á la región ignota,
y fulgura la hostia inmaculada
como una estrella pálida que sube.
Y pienso en Dios... Pero al volver los ojos
de la amplia nave á la penumbra incierta,
donde murmuras la oración de hinojos
desfallecen los místicos antojos,
y pienso en ti... Mi corazón despierta!

Blancos los lirios son, blancos y puros!
pero tu sien bañada en los destellos
de tus rizos oscuros
es más blanca que ellos.

Clara es la luz que en el altar oscila
pero es aún más clara
la luz que resplandece en tu pupila
que la que alumbra el ara.

El prelude del órgano es suave!
mas, al vibrar tu acento se diría
que en la espaciosa nave
dialoga con los ángeles Maria.

El incienso enbalsama lo que toca;
la nave, el coro, hasta el espacio inmenso:
en el húmedo caliz de tu boca
se puede perfumar hasta el incienso.

La hostia resplandece. Su blancura
compite con la nieve.
Tu mano es más espiritual y pura:
su nitidez á superar se atreve,
la eucarística albura.

Lo ves, no hay en el templo
nada mejor que tú... si te contemplo
de la amplia nave en la penumbra incierta,
donde murmuras la oración de hinojos,
desfallecen los místicos antojos,
y pienso en ti.. Mi corazón despierta!

VICTOR M. RACAMONDE.

LA ESQUINA

No me sorprende, si he de ser sincero,
que busque todo amante callejero
la esquina, donde, con pasión no escasa
hecha flores á cuenta chica pasa,
de faz encantadora y peregrina,
puesto que, á no mentir la docta ciencia,
puede encontrar remedio á su dolencia,
si amor es *fiebre* y la esquina... *es-quina*.



MANCHA DE COLOR

LOS DIAMANTES DE LA VIOLETA

*

Al eximio artista-poeta APELES MESTRES.

Dos ranas, que abandonaban por primera vez el charco, vieron en el fondo del bosque una violeta cubierta de diamantes de rocío.

— Debe ser muy rica, exclamó uno de los anfibios.

— Cuando luce tales joyas, le dijo el otro, es que ha nacido en dorada cuna.

Y no se engañaba la segunda de las ranas, porque aquella violeta, según contó después una mariposa, había florecido en un rayo de sol.

— Hasta por su color, agregó la rana, se conoce que corre sangre azul por sus venas.

— ¡Si yo pudiera apoderarme de sus diamantes! dijo para sus adentros la primera de las ranas, acercándose á

saltos á la tímida flor, que creyó morir de espanto al divisar al verdoso anfibio.

—¿Qué intenta usted? exclamó la otra, saliendo en defensa, aunque con miras interesadas, de la desdichada violeta.

— Pues, simplemente hacerme un collar de diamantes, para la próxima noche de mis bodas; me estremezco de placer al pensar cómo brillarán en mi garganta, cuando la luna quiebre su luz en sus aristas... ¿no ha soñado usted nunca, en las estrelladas noches de verano, en un collar de luceros? pues yo sí, y le aseguro á usted que no vuelvo al charco sin esos diamantes.

— Para llegar á la violeta, tendrá usted que pasar antes por encima de mi cadáver, rugió el segundo de los anfibios, poniéndose de un salto delante de la flor y mirando á su rival con ojos fosforescentes y provocativos.

— ¿Quiere usted un duelo? ¡sea!, ahí, en aquella estrecha senda, diviso dos viejos sapos que podrán servirnos de testigos.

— ¿Armas?

— No hay que ir muy lejos... tenemos cerca un arbusto espinoso que nos proporcionará magníficos floretes.

— Pues concluyamos.

— Sí, y que sea el premio del vencedor...

— El corazón de la violeta.

— No, sus diamantes; un escuerzo me ha contado que las flores no tienen corazón; pero en cambio me ha ponderado la rica pedrería que lucen todas las mañanas... ¡oh admirables joyas! yo no las había visto nunca y confieso que el escuerzo no ha exagerado.

— Bueno, no divaguemos más y concluyamos de una vez.

Los anfibios hicieron señas á los sapos, que acudieron presurosos y aceptaron el papel de testigos, y poco después se trababa un combate reñido entre las ranas, del que resultó una de ellas muerta y la otra mal herida.

Era esta última la que soñaba con collares de diamantes.

Los sapos, asustados al ver el trágico desenlace de aquel lance de honor, y sin detenerse á levantar actas de lo ocurrido, huyeron hacia la maleza.

La rana herida se acercó, entonces, arrastrándose penosamente, á la violeta, para arrebatarle sus joyas; pero, ¡oh terrible desencanto del que corre ciego y desatentado en pos de una brillante ilusión! la flor no ostentaba ya sus hermosos diamantes...

El céfiro se los había bebido disueltos en rayos de sol.

CASIMIRO PRIETO.



Dib. de APELES MESTRES.

EPIGRAMA

¿Llena de arrepentimiento
y hastiada ya del amor,
Sofía entra en un convento?
— Te aseguro que no es cuento;
se hace esposa del Señor.
— Pues, me sorprende, á fé mía,
sin pecar de malicioso
que se conforme Sofía
con que al expirar, su esposo,
resucite al tercer día.

BATURROS EN VIAJE Á AMÉRICA



¿Tomamos aquí el pasaje,
padre?

-- ¡No seas borrico!
Si nos ha inviau tu tío Quico
dineros pa hacer el viaje
con lujo, ¿te has de embarcar
en un "servicio" cualquiera?
¡Pues tendrá buena madera,
cuando icen que es "regular"!...

T. GASCÓN.

POSTALES

Son tus ojos acabada
obra de arte delicada
del diablo y Dios, de los dos.

Los ojos los hizo Dios
y el demonio la mirada.



Sencilla becqueriana
que repetimos todos:
— Tus manos en mis manos,
tus ojos en mis ojos.
... Y yo pensando en otra
y tú pensando en otro.



A la memoria de su esposo amado,
rinda doña Jacinta
tan ferviente tributo,
que compra calamares en su tinta
y se engulle, en recuerdo del finado,
la comida de luto.

LUIS GARCIA.

La nieve del Invierno

Siempre Cupido, el dios alado y tierno
tuvo horror á la nieve del invierno;
por eso solo besa, sin engaños,
cabellos rubios, negros ó castaños
ó rojas cabelleras perfumadas
y nunca, como al oro no se rinda,
pone sus labios de madura guinda
en cabezas plateadas.

RECETAS DE ORO

CONTRA EL ROMADIZO

Cuando del frio inclemente,
¡oh lector! victima seas
y te resfries y veas
tu nariz hecha una fuente,
si no eres antojadizo
y, en vez de seguir molesto,
á librarte estás dispuesto
del infame romadizo,
con todas sus pejugueras,
como hiciera yo otro tanto,
ya que ofrece poco encanto
una nariz con goteras,
haz' sin temor y fielmente,
pues no es tarea perdida,
lo que te indico enseguida,
y te irá perfectamente:
• al minuto de observar,
(ó á los dos, si te parece),
que tu nariz enrojece
y comienza á gotear,
aproxímala al calor
de una hornalla, con buen fuego,
hasta que se seque, y luego
la pones en alcanfor,
donde debes conservarla,
si no tienes mucha prisa,
una hora justa y precisa
y entonces, puedes sacarla.

¿Que el éxito no es feliz
y, rebelde á la experiencia,
sigue sin intermitencia
destilando tu nariz?
no hay que descorazonarse,
pues si goteando está,
en cambio no correrá
peligro de apollillarse.

Mas si tu paciencia agota
ver que, alcanforada y todo,
sigue aquella de igual modo
vertiendo gota tras gota
y juzgas que cuánto hicieras
no ha de ponerla en carril,
llama al punto á un albañil
para tapar las goteras.

CASIMIRO PRIETO.

Los amores y los mosquitos

¿Quién no sufre de insomnios infinitos,
siempre que una pasión llega á sentir?
los amores son como los mosquitos,
no nos dejan dormir.

EPIGRAMA.

Aunque Helena perdió á Troya,
si es cierto lo que he leído,
no lo dudes Carrascido,
la mujer es una joya.

— Tan bello simil no cuaja
tratándose de la mía.

— ¿Por qué? ¿Acaso, Rosalía
no es, dime, una *buena alhaja*?

ORFEBRE



El bardo decadente y melenudo
 en su pupitre de ébano, acodado,
 sueña con un poema, delicado
 como la piel de un serafín desnudo.

La hoja tersa de papel, escudo
 será del áureo verso, cincelado
 con el primor que el arte consagrado
 da á los contornos en el bloque rudo.

Sueña con un poema, y, en la fiebre
 que invade ya su espíritu de orfebre,
 tocan las rimas su clarín sonoro.

Y al emprender radiante, la faena,
 un bucle de su flácida melena
 bruñe en su frente un dáctilo de oro.

L. TORRES ABANDERO.

SIMIL

En un album.

Si el cristalino estanque ó el riacho lento,
 retratan en su linfa la estrella errante,
 que aparece luciendo como un diamante
 sobre el terso azabache del firmamento.

También en esa noche, noche de calma,
 que extiende en tus pupilas su negro manto,
 se reflejan radiantes, llenos de encanto
 los rayos del tesoro que encierra tu alma.

GABRIEL GOÑI.



CANTAR BATURRO

M'has pedio que te lleve
 á Zaragoza estas fiestas.
 T'hi de llevar en segunda
 y á tu madre en la perrera.

LUIS DEL ARCÓ.



A la Señorita BLANCA SABNZ.

Me contaron las rosas...
 mas tú no me descubras, pues pudieran
 si mi traición supieran
 negarme su amistad; son rencorosas,
 como tú no imaginas y á lo mejor...
 te clavan sus espinas;
 pues, como te decía, me contaron
 que te vieron pasar y que lloraron
 de envidia, porque son muy envidiosas,
 al contemplar en tus mejillas bellas
 dos rosas peregrinas
 y más hermosas, sin disputa, que ellas...
 y debe ser verdad: esta mañana
 en el rosal las ví, en hora temprana
 y aún de su llanto sorprendí las huellas...

CASIMIRO PRIETO.

Dib. de F. PRIETO.



EPIGRAMA

Un pantalón pidió Juan
 prestado al sastre Simón
 quien dijo sin dilación:
 — Añade un *talón* á un *pan*
 y tendrás un *pantalón*.

J. FERRÉ

ANTE LA JOYERIA



Mira esa perla, Oscar, atentamente
¡verás qué bello oriente!
— Y tú ve mi bolsillo de oro escaso
¡verás qué hermoso caso!

Una limosna

Salía... de una conferencia: las voces, fueron acordes; las opiniones tal vez, dispares. Pero allí se dijo que había que amparar á la niñez desvalida, proteger al infortunado, *dar de comer ál hambriento*, y formar techo y abrigo á los indigentes.

Pero...la mendicidad callejera ¡había que exterminarla! El espectáculo era vergonzoso: ni *un cobre* á esos pediguños explotadores de la vía pública.

Y meditaba en ello, y me decía: Es inútil: nuestra independencia es una paradoja. Esta "vida moderna" hay que vivirla así: en plena evolución democrática, en medio de la calle, con apretado y uniforme *tacto de codos*.

Todos pensamos lo mismo: unos, por reflejo; los otros... por simiesca intención. La grey vulgar, es ahora, todo el mundo.

*
* * *

La calle, de las más concurridas de la ciudad, era un ascua de oro: por un lado la púrpura, el carmesí, el verde vivaz, lucian en una franja amplísima que doraban los rayos solares. En la acera opuesta, obscura sombra perfilaba los ángulos salientes, envolviendo en su grata placidez los juegos de cuatro chicuelos que se revolcaban en el entarimado por arrebatar una pelota. Uno más chico (tendría unos cinco años) sentado en el cordón de la acera, con un largo pan apretado entre sus deditos de sonrosado sucio, los contemplaba pegando mordiscos codiciosos en la corteza babeada por sus labios húmedos.

Más abajo, á pocos pasos, mascullaba una plegaria ó una injuria, un pordiosero. Quizás maldecía al mundo, á aquellas damas de gentil figura que pasaban sin mirarle, á tanto apuesto doncel que transitaba sin ojos para la miseria de su persona: iban tras los encantos de la eterna juventud femenina.

Ni en su levita raida, ni en sus gruesos zapatos remendados, ni en su sombrero, aunque pasado de moda, que le servía de abanico, se notaban otras huellas que las de un

infortunio mal avenido con las elegancias de la moda.
¿Sería un pobre?

Caminaba despacio... contra la corriente, codeándose con todos y... rezongando. Sólo le pude oír una palabra... ¡hermano!

Pasé también: los movimientos "interiores" de mi ánimo se acallaron. Habló mi cerebro, y toda la dialéctica de los *discurseantes* de la conferencia se atropelló en mi mente: sí, era cierto; la "interior satisfacción," era una palabra vana en estos tiempos de civilización refinada.

Todos quieren aplausos: el chico, por... su originalidad entre los del montón de la muchedumbre; el grande... por el consenso y la admiración de la gente docta.

*
**

De pronto, se obscureció el día. Grandes nubes de gris obscuro cruzaron por la altura, prodigándonos algunas gruesas gotas. Era el preludio de una tormenta. Corrió la gente, cruzaron rápidos algunos coches de alquiler, y hombres y mujeres se refugiaron bajo los toldos de las tiendas de la calle.

Entré en un zaguán: desde allí mirando hacia mi izquierda, observaba el tranquilo juego de los pequeñuelos, indiferentes á la tormenta. Y mi rapaz, con la vista en el mendigo que lo observaba, señalándole el pan, le dijo: — Toma, no quero más.

Avido, febril, enseñando su blanca dentadura de animal carnívor, agarró briosamente el mendrugo y lo devoró en un segundo.

¡Era verdad aquel poema ambulante de miseria y privaciones! Yo también me había prostituído. Así es la vida y el ambiente. Todos bajamos el diapason para ponerlo acorde con la estupidez colectiva.

*
**

Me respondió el sol, rasgando á través de un girón azul, la atmósfera empañada. Puro, profundo, luminoso, un rayo de oro enviaba su bendición primero en un rayo verde esperanza y después, sobre la cabeza del chiquitín en alegres tonos de rosa, azul y ópalo.

Y de entre unas nubes cobrizas, otro rayo fugaz bañó la calle de rojo escarlata.

R. M. DE IRIBAS.



IDEAS SUELTAS



ODA mujer que al reñir
con su marido ó su amante,
se muestra al fin vacilante
y acaba por sonreír,
no tarda, ya sin tesón,
en entregarse. sumisa,
pues siempre fué la sonrisa
una capitulación.

¿Qué diferencia existe
entre *pez* y *pescado*? me dijiste
y á tu pregunta contesté ligero:

— La que hay entre el soltero y el casado;
pez que libre colea es el soltero,
pica el cebo, en la curia... y es *pescado*.

El matrimonio es una ratonera,
donde su libertad pierde el soltero
y recobra la suya la soltera,
y no me digas, Cloris, que exagero,
si piensas de aquel vínculo otra cosa,
pues tan injusta impugnación rechazo,
¿exagerar? ¡ya escampa!
la misma Iglesia, nada sospechosa,
ha dicho que es un *lazo*...
(no se animó, sin duda, á decir *trampa*).

Si es fósforo el cerebro, fulgurante,
como la docta ciencia evidencía,
resulta, para ser más humillante,
el cerebro del mísero ignorante
una caja de fósforos... vacía.

CASIMIRO PRIETO.

pues un silencio sepulcral reclama
la receta en cuestión, según recelo,
en un colchón te acuestas, sobre el suelo,
dejando los pies fuera de la cama.
Y tú verás, lector, cuán resolutos,
aunque tomando ciertas precauciones,
á los pocos minutos
acuden los callistas: los ratones.

CASIMIRO PRIETO.

MARGARITA

De día en día había sentido Daniel crecer la sombra pavorosa que le ocultaba la luz.

Las blancas cuartillas de papel permanecían ante él inmaculadas y el pensamiento, sujeto como por un anillo de hierro, se negaba á dar las ideas que en otro tiempo, como haces de luz, brotaban de él y se esparcían sobre el papel rodeando el nombre de Daniel de una gloriosa aureola.

Pronto tuvo que llamar en su auxilio á Margarita, la hermosa niña que había llegado como un sol de primavera á su hogar feliz hasta entonces.

Ella escribía, él dictaba; á veces la sorprendía pensativa, como meditando las frases ó corrigiéndolas, á pesar de que él nunca la había creído capaz de seguir el vuelo amplio y poderoso de sus ideas.

A veces él se reía al ver aquella manecita tan blanca y tan fina acostumbrada á manejar la seda de algún bordado ó las flores de algún búcaro, manchadas de tinta: otras lloraba cubriéndolas de besos.

¿Que sería de ella y de su madre el día en que ciego é inútil no pudiera trabajar?

La sombra oscura se espesaba más y más y el cerebro, tal vez, afectado por la enfermedad, ó ya por el dolor, había perdido su hermosa lucidez. El editor del periódico le había dicho:

— Es necesario que descanse, que se vigorice, porque en estos últimos artículos falta nervio.

Entonces, Daniel, se hundía más en la amarga tristeza y la enfermedad fué más aprisa. Un día se encontró con que ya no veía nada, nada, ni el bello rostro de su mujer, ni la hermosa luz del sol. Estaba ciego.

Su fuerza varonil se desplomó como un edificio destruido por la base y cayó en negro y sombrío abatimiento.

Margarita, alegre y bulliciosa, al parecer, llenaba á veces la atmósfera que rodeaba al ciego de algo fresco y delicioso, que mitigaba poco aquel espantoso sufrimiento moral.

Pero aquella fingida alegría, que era un esfuerzo de misericordia y de amor, llevó al ánimo de él la desconfianza.



Una mañana la madre de Daniel le sorprendió poniéndole en los brazos una niñita esperada ya por él con mezcla de alegría y de dolor.

— Aquí tienes la hija de tu amor — le dijo. Le habían ocultado los dolores y los sufrimientos de Margarita.

Tocó las carnes de la niña, suaves como plunson de cisne, la cubrió de besos y guiado por su madre se acercó al lecho donde estaba su mujer.

Y abrazados y unidos lloraron con desgarradores sollozos por aquel día, que habría sido de inmenso placer en otras condiciones.

Regresó á su habitación aún más triste y abatido. Daniel pensó hondamente en su hija. ¿Cuál sería su porvenir? Sus ideas, enlazándose, le sugirieron otras inquietudes y funestos temores.

Los recursos allegados por él debían haberse acabado, y su primera hija... los oculistas... la próxima operación que pensaban hacerle... para todo esto se necesitaba dinero, ¿de dónde lo sacaría Margarita? Llamó á su madre.

— Madre, le dijo, ¿Margarita ha vendido sus alhajas?

— No, no ha vendido nada, la contestó ésta, sin penetrar el alcance de esta pregunta.

Entonces el ciego quedó con el espíritu en tinieblas más negras que las en que vivía desde que había cegado y una idea fija, tenaz, quemante, aparecía grabada en esa negrura. ¿De donde salía el dinero que se gastaba en su casa?

Era una noche sombría, oscura.

El cielo sin ninguna estrella se iluminaba ora sí, ora nó, con culebrinas de fuego que se hundían en la inmensidad, dejando la noche más lóbrega y temible.

Margarita, envuelta en un manto negro cruzaba las calles de la ciudad, recelosa y tímida como una mujer honrada que se expone heroica á peligros desconocidos, ó también como una liviana mujer que teme ser sorprendida en el momento que acude á culpable cita.

Algunas transeunadoras que también recorrían las calles de la ciudad se detuvieron.

— ¿Ves? Esa es la esposa de Daniel. Y se sonreían con malicia.

— Ya se aburrió del ciego, dijo otra que tenía alma de ciego.

Ella seguía apresurada, temblando, y si alguien se hubiera acercado habría visto lágrimas en aquellos ojos y palidez en aquella frente...

Y mientras esto pasaba en la calle, Daniel que la había sentido salir, se apretaba las sienes próximas á estallar y murmuraba:

— La vil, la miserable. ¿Será capaz?



Un buen oculista había arrancado las cataratas de los ojos de Daniel.

La hermosa luz había vuelto á reflejarse en sus pupilas y pudo contemplar el rostro bellísimo de su mujer y el de su hija; al primer momento las atrajo con loco transporte, pero luego las apartó con violencia...

Margarita creyó en un acto de locura.

¡Había el pobre sufrido tanto!...

Días después, ya Daniel andaba por toda la casa y había establecido un hábil espionaje.

¡Sí, era verdad su desgracia! Margarita hacía misteriosas salidas, de las cuales volvía pálida y temerosa.

Un día, ella había salido y él resolvió buscar la prueba para consumar su venganza.

Entró en el gabinete de costura.

Era allí donde él debía registrar.

La máquina de coser, abierta, parecía esperar que su dueña continuara alguna labor empezada.

En una mesa de madera sin pulir, que así podía ser una escribanía ó una mesa para coser, estaban en revuelta confusión retazos de tela, números de periódicos, encajes y alguna bata diminuta encintada y perfumada que el padre alzó para besar.... Debajo de ella había una carta, cuyo sobre en blanco no decía nada.

¡Oh, la prueba!....

Y temblando aquella carta en manos de Daniel, como tiembla la hoja del árbol sacudida por ruda tempestad, rompió el sobre. Era de Margarita.

Las letras, como pequeños seres animados, se movían, se enlazaban, huían.

Era imposible leer.

Daniel, á riesgo de cegar más irremediablemente que la vez primera, se acercó á la cruda luz de la ventana y leyó:

“Señor Editor: Anoche, dejé en la redacción el último artículo que saldrá de mi pluma, pues ya Daniel puede escribir. ¡Oh! que no sepa jamás que he usurpado su nombre para sostener ese mismo nombre que es el orgullo de su hogar y la alegría de mi corazón”.

El papel se escapó de las manos de Daniel...

¿Luego aquellas misteriosas salidas eran para llevar su trabajo á la imprenta? ¿Luego aquella niña delicada tenía el espíritu de la mujer del Evangelio?

¡Oh Margarita, Margarita mía!...

Y cayó de rodillas tendiendo las manos como si estuviera presente...

Entonces unos brazos mórbidos, rodearon su cuello y una voz dulcísima murmuró en su oído:

— Pero Daniel ¿te has vuelto loco?

Dudabas de mí!.... y sin embargo, te he amado con toda mi alma, con todo mi cerebro y con todo mi corazón...

Mexico

M. FAITH.

◆
EPIGRAMA

Oyendo, ayer, Gedeón,
á los postres de un festin,
llamar *bebé*, á un chiquitín,
dijo al papá, el anfitrión:
— Hace usted mal, á mi ver,
pues decir *bebé* á un muchacho,
es hacer de él un borracho,
incitándole á *beber*.



A la Señora MARÍA M. P. DE COMPIANI.

Del ígneo rayo que fulgente envía
 el astro diurno á la enramada umbría,
 fingiendo en la penumbra incendios rojos
 ¿qué se hace, dime, cuando muere el día,
 que yo le busco y no le ven mis ojos?
 Así, al caer la tarde hermosa y pura,
 preguntaba á una rosa en la espesura
 un insecto inocente,
 (porque siempre las rosas
 han sido muy sabidas) y sonriente
 le contestó la flor:

— Su luz, filtrada
 á través de las hojas rumorosas
 de la verde enramada,
 se deshace en doradas mariposas,
 que vuelan por la atmósfera azulada.

CASIMIRO PRIETO.

EN LA BOTICA



Dijo á un boticario, Sosa
 — ¿Tiene usted espíritu de...
 contradicción, Don José?
 — Si, tengo. Y llamó á su esposa.

FEDERICO PRIETO.

Dib. de APELES MESTRES.

LA VIDA DEL AMOR

Entre la mujer honrada,
 que en amor casto se enciende
 y la que sus gracias vende,
 al torpe vicio entregada,
 cualquiera puede advertir,
 la diferencia al buscar,
 que una vive para amar
 y otra ama para vivir.

REVIVENCIA



Primavera del alma, qué alegre
se despierta cantando la alondra!
¡y qué tierna, qué blanca es el alba
al vibrar en la curva harmoniosa
donde rasgase el leve celaje
y se anuncia cantando la aurora!

En el bosque; al rumor de la queja
que demanda la blanca paloma,
se derrama el olor de los nidos,
el olor de los cálices flota
y preludian las ramas como órganos...
¡Primavera del alma, ya tocan
las alegres campanas del beso
á la misa de amor que en las frondas
el buen dios de las ansias celebra!
Ya está lista la cálida alcoba!
ya está abierta la oliente capilla!...
Mi adorable creyente, retorna;
la floresta da el vino, y la gama
la da el vivo carmin de tu boca!

Explosiones de luz, burbujcos
de palabras y risas que chocan,
olorosos efluvios á ensueño
de cabellos que el viento alborota,
mariposas de alitas de oro
sobre un fresco capullo de rosa,
livideces de niebla lejana,
carcajadas, rumores de ondas,
todo tiembla, y brilla, y se funde
en el limpio crisol de la estrofa.

¿Por qué tardas, mi amor?... junto al ara
donde trémulo el viento deshoja
de la tarde pasada entre besos

el manojito de lirios y rosas;
 junto al ara del templo espacioso
 donde el fresco azahar se desflora,
 entreabiertos te esperan mis brazos,
 entreabierto te espera mi boca,
 entreabierto al amor como un lirio
 mi alma aguarda, temblando, en las sombras!

ADOLFO GARCÍA.

Panamá.

LA OLA



Desde la playa solitaria, Ella y Yo, los dos solos, contemplábamos extasiados la inmensidad del mar...

En el cielo, el infinito sonreía en la gloria de su azul; abajo, el abismo del océano rumoreaba, enamorado de la luz, su canción de ondas, de perlas y de espumas...

El crepúsculo bordaba de oro y de púrpura las nubes errabundas, mensajera de los amores siderales.

— Amada mía, me amas? la pregunté.

Ella, pensativa, miraba al lejano horizonte...

— Si, como aquella ola que viene allá, es mi amor!

Del distante confín venía una ola rodando, creciendo, creciendo con su orla de espumas, con su azul intenso, con su monótona cadencia...

¡Qué grande y qué bello - pensé - es su amor!

La ola lentamente fué empujándose con rumor casi insonoro; al llegar cerca á la playa, ya era una onda mansa.

Luego, dulce, desfalleciente, saltó sobre la arena regando á nuestros piés las niveas rosas de espumas.

Días después... recordaba con amarga tristeza, la tarde aquella en que me dijo que su amor era como la ola del confín...! La pérfida ola, la ola voluble que se agigantó por un momento bajo el beso de la luz, para morir después sobre las arenas de la playa solitaria!...

RAFAEL ANGEL TROYO.

EL REGALO DE BODA



Aunque á mi enlace te opones,
 al fin me caso, René.

— Buenc, pues ya te tendré
 presente en mis oraciones.

— ¿Crees que haya quien resista
 á Mariucha? yo tampoco.

— ¡Pero, hombre! cálmate un poco;
 ¿has visto á algún alienista?

— Como es tan ducha, Mariucha,
 y me mima con tal arte...

— Has creído mejorarte
 aplicandote esa... ducha;
 mas fué insigne necedad
 no librarte de su asedio,
 ya que resulta el remedio
 peor que la enfermedad.

— Muchacha más cuerda y fiel
 no existe en nuestro país.

-- ¡Hombre! ¿y estuvo en un tris
 de escaparse con Manuel?

— Que la engañó, de seguro;
anoche lo supe yo;
pero aquello ya pasó...

— Verdad: de castaño obscuro.

— La adoro tan ciegame
y soy tan poco celoso,
que aunque sé que le hace el oso
más de un chico incandescente
dejaré, sin que avasalle
mi pecho el pueril temor
de ver burlado mi amor,
que salga sola á la calle.
Faltan ya pocos instantes
para llevarla al altar.

— ¿Y á qué vienes?

— A comprar
un anillo de brillantes.
Es mi regalo de boda.

— ¿Un anillo? ¿estás en tí?

— ¡Caramba! creo que sí

¡pues qué! ¿pasó ya la moda?

ó, en tu experiencia, que es mucha,
¿no lo creas digno de ella?

— Para una chica tan bella,
como tu novia Mariucha,
que siente el irresistible
atañ de lucir el talle
y andar sola por la calle,
es mejor... un *imperdible*.

Dib. de J. CABRINETT.

CASIMIRO PRIETO

UNA BELDAD PERUANA



Ponte la crugiente falda,
calza el zapatito bajo,
agrega al corpiño majo
la enorme peineta gualda
y el seductor desparpajo;
toma y tócala la mantilla,
y harás que al punto proclame
que el Rimac tiene en su orilla
una beldad que derrame
toda la sal de Sevilla

MANUEL A. SAN JUAN

ÁNGEL SIN ALAS



- Decidme, señor cura,
si, como vuestro labio me asegura
con una sencillez encantadora,
Dios hizo con su mano creadora
de la mujer un angel, por lo bella,
¿porqué no le dió alas?

— Pues sería
porque estaba seguro de que ella
ya se las tomaría.

JUICIO DE PARIS

Cuenta una fábula vieja
que obedeciendo al mandato
de un dios algo mentecato
(según entender se deja)
Minerva, Venus y Juno
á la tierra descendieron,
y á un pastor se aparecieron
más gallardo que otro alguno.

Cumpliendo la orden divina,
á las tres acompañaba
otro dios que siempre andaba
haciendo de Celestina;
el cual, con todo el decoro
que en su oficio es de rigor,
al asombrado pastor
le dió una manzana de oro,
diciendo: Jove me envía,
por cien razones que callo,
para que expidas un fallo
que en dar no consentiría.
Entre las diosas que ves
terrible guerra se enciende,
pues ser cada cual pretende
la más bella de las tres.
Por evitar la *chicana*,
en cuestión tan espinosa,

te hacen juez. La más hermosa
recibirá esta manzana.

—

Como á faltar al respeto
que al bello sexo se debe
mi pluma jamás se atreve,
á describir no me meto
lo que hizo sin timidez
cada olimpica deidad
por ganar la voluntad
de su improvisado juez:
pero afirman que fué tanto,
que sin escrúpulos diera
su juicio al traste, aunque fuera
el pobre pastor un santo.

Sin rectitud ni firmeza
para fallar se sentía,
que á dar á las tres quería
el premio de la belleza.
Al fin — como más astuta —
la madre de los amores
puso en juego los mejores
ardides en la disputa,
y dijo al pastor: — Me apena
tu erótico desvario,
y júrote, amigo mio,
que haré que te adóre Helena,
la griega más seductora
que tú imaginarte puedes,
si á favorecerme accedes
en este lance — ¡Señora!
— replicó el jóven — yo creo
que Helena es mujer casada...
— Eso no te importe nada,
pues su marido es tan feo

cual ese horrible Vulcano
 á quien me encuentro yo unida,
 que ha sido toda la vida
 mi insoportable tirano.
 Como á Helena compadezco,
 si me conviene auxiliarla,
 que te ayudaré á robarla
 solemnemente te ofrezco.

A la tentación cedió
 el pastor, de aquella hermosa
 y maquiavélica diosa,
 y el áureo fruto le dió;
 por lo cual un sabio observa
 probando que eso fué injusto,
 que aun teniendo el ceño adusto
 era más bella Minerva.

Desde entonces ¡no hay remedio!
 nadie juzga discutible
 que es lá justicia imposible
 cuando hay faldas de por medio.
 Pues dió Paris la manzana
 por conseguir á una griega,
 ¿que mucho si hoy ó mañana
 aquí á Barrabás se entrega
 un juez por una peruana?

JUAN DE LAS VIÑAS.

Lima.

◆ EPILOGO

Siempre fué, si no es error
 que me sugiere el demonio,
 epílogo, el matrimonio
 de las novelas de amor.

UN SOLITARIO



¿Has visto qué diamante extraordinario?
 -- Es verdad; pero... vámonos, Rosario
 (ni un peso más á su capricho inmoló)
 dejémosle ...como es un *solitario*
 le gustará éstar solo.

AZUL...

Tras el azul de los ciclos se despliega el luminoso infinito de lo inconmensurable donde mora Dios.

Bajo el azul del mar duerme el oscuro abismo del misterio donde se agita la Tempestad.

Y bajo el azul de tus ojos, dime, ¡oh, mi adorada! ¿qué habrá? ¿el luminoso infinito de los ciclos donde mora Dios ó el oscuro abismo del océano?

RAFAEL ANGEL TROYO.

Dib. de J. CABRINETY.

El músico ambulante

Una vez Puck tuvo una querrela con las abejas por haberse querido introducir solapadamente en una colmena y robar la miel; las moscas de oro le rechazaron clavándole sus agujijones entre un tumulto de alas luminosas. En verdad, el acometido no sabía donde esconderse. Tomó el partido de huir, agarrándose á las ramas, saltando de brizna en brizna, de hierba en hierba diciendo á los pájaros. "Hacedme camino". gritando á la cigarras: "¡Plaza, plaza!" y pidiendo á las ardillas, que se ocultaban entre las hayas, que le llevasen sobre el lomo. Pero las crueles abejas no perdian su pista.

Ya no creía él, en verdad, poder librarse de su furor, cuando, llegando al camino de un pueblecillo, avistó á un pobre muchacho, harapiento, despeinado que tocaba el órgano en demanda de limosna. No era una música hermosa la que salia del instrumento cascado, desafinado, inservible.

Mas Puck no estaba de humor de tener en cuenta los sonos más ó menos agradables. Al ver el órgano, no tuvo otra idea que la de esconderse en él para evitar la persecución de sus enemigas.

Más pronto hecho que dicho. Un diablillo se introduce fácilmente por donde no se hace pasar el dedo meñique de una niña.

¿Quién fué el burlado? Fueron las abejas, que después de andar por el camino del pueblecillo, no vieron otra persona que el pobre muchacho que daba vueltas al manubrio.

Muy contrariadas tornaron su vuelo cerca de los jacintos y las rosas, que comenzaban á aburrirse de no ser picoteados, completamente solos en los jardines.

Entonces ocurrió una cosa sobremanera extraordinaria: el órgano, poco ha tan lastimoso, tocaba las más bellas canciones que pudiesen oirse: hubieseis creído que estaba lleno de ruiseñores, de cucurras y de madrugadoras alon-

dras, tantas eran las tiernas melodias, ligeros gorgoros y alegres y límpidas notas que dejaba oír.

¿De dónde procedía aquello?

Del capricho de Puck, que, no sabiendo en qué emplearse en el instrumento donde había encontrado asilo, cantaba por distraerse. Nadie ignora que, á fuerza de escuchar, desde la primavera al otoño la picotería de los nidos, acaba uno por ser habil en el difícil arte de encantar por la voz.

El mendigo, el primero, quedó asombrado cuanto es posible estarlo — jamás había pensado ser capaz de producir tan deliciosa música — y en el dintel de las puertas, en las abiertas ventanas, veíanse grupos de gentes asombradas también que no podían dar crédito á sus oídos.

— ¡Oh, qué encanto!

— ¡Oh, qué dulces canciones!

— ¡Qué gozo se experimenta!

Los más avaros soltaban las monedas menudas, hasta pesetas; otros habían dado más.

Las mujeres y las niñas encontraban que aquel mozo no era tan rústico como al primer aspecto habían podido imaginar; su pelo, bien consideradas las cosas, era rubio como la dorada paja; debía tener la piel muy blanca bajo aquel color curtido.

Tan verdad es que para ser agradable á la vista, hay que ser agradable al oído; que por los oídos, mejor que por los ojos, es como se entra en los corazones.

II

La fama del tocador de organillo llegó rápidamente á las aldeas y á los pueblos en las más grandes ciudades, en las más populosas capitales, no se hablaba de otra cosa más que de él; se deseaba oírle; el entusiasmo fué extremo.

Ninguna armonía hasta tal punto delicada y amorosa — en la que los arrullos de las palomas campesinas se mezclaban constantemente á los gorgoros de los pajarillos — había jamás acariciado los oídos de los *dilettantis*. No había fiesta lucida á que él no concurriese. Se dignaba aceptar las invitaciones y tenía que ir á casa de la marquesa al salir de la de la condesa. Apenas comenzaba á mover

el manubrio, comenzaban los asombros detrás de los abanicos.

“¡Ah, querida; no se puede tener idea de semejante encanto! ¿Verdad que cree una estar en el Paraíso? Por mi parte me parece que los ángeles no obtendrán tan divinos conciertos de sus cítaras”. El, que no encontraba estos elogios exagerados, se acostumbraba á la gloria.

Imposible os sería reconocer en él al mozo bohemio de los caminos. Vestía de satín escarlata, bordado de plata, y llevaba sobre su rizada cabellera una corona de pedrería y finas perlas; porque no era menos rico que ilustre; en vez de la moneda menuda que recogía no hacía mucho tiempo, los pajes de rodillas le ofrecían de parte de sus ducñas sobre bandejas de oro, los zequís, los ducados, las joyas; se le rogaba que aceptase las bandejas además del contenido, y las hermosas damas que obtenían de él una audición particular, le hacían presentes mil veces más preciosos.

La hija del rey oyó hablar de este músico maravilloso, y mando que se le llamara á la Corte; no dejaba de tener desconfianza, temiendo una decepción, pues no creía posible que justificase su renombre; más después de cuatro pruebas, se sintió invadida de tal entusiasmo, que exclamó con la mayor pasión:

— Jamás tendré otro esposo que este bello tañedor de organillo.

Esto, desde luego, no fué del gusto del rey. Para un poderoso monarca no puede ser agradable tener por yerno un mozo sin antepasados—hasta sin padres—que ha vivido mendigando por los caminos.

Pero el rey estaba enfermo de un ataque de melancolía, y los médicos declararon que no podría obtener su curación sino por el encanto de la música, Convínole, pues, tener el auxilio del melodioso vagabundo; ¡tres vueltas al manubrio!, y el monarca pronto se encontró tan bien como podía desear. Entonces el reconocimiento triunfó del orgullo: el miserable del día antes se casó con la princesa.

III.

¿Pensais tal vez que su gloria y su apogeo llegaron al último extremo? Pues os engañais. Una vez que el ejército partía para la guerra, él se colocó en primera fila, y el ór-

gano lanzó furiosos cantos de combate — porque Puck se acordaba de haber oído á los soldados tocar el clarín en los bosques, de modo que, según la opinión general, la victoria fué debida á la extraordinaria bravura que esta música infundió en los corazones. Los pueblos, en su gratitud, no vacilaron; el músico fué elegido emperador de toda la comarca, y tuvo á su propio suegro por vasallo.

Jamás había habido reino tan glorioso ni tan feliz; para que los súbditos más miserables estuviesen satisfechos de su suerte, para que no hubiese desesperaciones, ni cóleras, ni tumultos, era suficiente al nuevo dueño hacer oír alguna de sus melodías.

Se comprendió que la corona, el cetro, los palacios llenos de cortesanos, sólo eran mezquinas recompensas para tan relevante mérito. Se hizo Dios al que se le había hecho emperador; se le consagraron templos de alabastro y pórvido, siempre llenos de incienso y de plegarias humildes; y había pintadas sobre los muros, encima de los altares, imágenes del órgano, objeto de admiración. ¿Que hombre había conocido jamás gloria semejante? Y con tantos triunfos, tenía la dicha, la dicha incomparable de hacer sonar, á la puesta del sol, para él solo, una música que le hacía llorar de gozo.

— ¡Ah, ah! — se dijo Puck: — hace mucho tiempo, me parece estoy en este cajón, y comienzo á aburrirme grandemente.

Echó una mirada alrededor, y viendo que las abejas no se encontraban por allí, volvióse á jugar por las lindes de la selva, cerca de Atenas, con el señorito Flor-de-Guisante y el señorito Tela-de-Araña.

IV.

Toda la población se reía locamente. ¿La música? Dijo un ocurrente que aburriría hasta á los osos danzarines. Jamás tan discordante batahola les había desgarrado los oídos. ¡No se podía tolerar! Fué arrojado el Dios de sus templos, el emperador de sus palacios; ¡fuera de aquí! le dijeron; y la servidumbre de las cocinas, por burlarse del desdichado, le persiguió haciendo sonar sus cacerolas.

Esperaba encontrar mejor acogida entre las marquesas y condesas que antes se conmovían detrás de sus abani

cos; pero, á las primeras notas, "¡oh, oh! ¿qué sucede aquí?, por Dios, parece que han dejado entrar en casa á todos los gatos de la vecindad!"

Y los lacayos le arrojaron á la calle, no sin haberle destrozado sus hermosas vestiduras y robádole el dinero que llevaba en los bolsillos.

Desesperado, volvió á los pueblos en donde en otro tiempo le habían echado las monedas de calderilla con las monedas de plata, en donde las jóvenes se agrupaban en el dintel de las puertas, con el ansia gozosa de oírle.

Apenas empezó á tocar, los aldeanos se escondieron, tapándose las orejas. ¡Apenas le arrojaron piedras! Entonces él comprendió que estaba bien distante de todas sus glorias, de todas sus alegrías; se dejó caer en la orilla del camino, andrajoso, desengañado, como en el tiempo de sus antiguas miserias, sin otra esperanza que la muerte, tanto más triste que, si ponía la mano sobre el manubrio, salía de su instrumento un son desagradable, que hasta él mismo le acongojaba.

He pensado, al contar este cuento, en los poetas tiernos y sublimes, en otro tiempo inspirados, porque tenían un amor en el alma; en los poetas gloriosos, casi dioses que al presente languidecen, solos, sin ensueños, en el olvido, y no pueden sacar de su corazón una queja consoladora; — de un corazón cascado, desafinado, inservible, del que huyeron ya, con el amor, las hermosas melodias.

CÁTULO MENDES.



EL PODER DE LA HERMOSURA

Admirar es grave error
 que, con mengua del pudor,
 Friné ganase á sus jueces,
 mostrándoles sin rubor
 seductoras desnudeces, y
 pues en cuitas como aquellas
 te bastara sin sonrojos,
 para invalidar querellas,
 juntando las manos bellas
 alzar al cielo los ojos.

MANUEL A. SAN JUAN.

GEDEON, PRECAVIDO



Gedeón, ¿te has vuelto loco?
toma este vaso de vino.

— Te lo agradezco, Gabino
pero yo el vaso no toco.

— ¿Por qué?

— Porque el doctor Paso,
que me acaba de asistir,
me ha dicho que he de morir
de la rotura de un *vaso*.

RECETAS DE ORO

TORTILLA LUIS XV

Hay que hacer esta tortilla
en una buena sartén,
porque nunca sale bien,
cuando se hace en la parrilla.
Se batén con ardimiento
catorce huevos de pato,
con lo cual se pasa un rato
de dulce entretenimiento.
Enseguida hay que añadir
arroz crudo, mermelada,
pimienta, una cucharada
de leche ¡y vuelta á batir!
luego se agrega una nuez
del Japon ó de otra parte,
triturada con mucho arte
¡y hay que batirlo otra vez!
Cuando el todo está en derrota,
si el ataque no fué nulo,
se añade, con disimulo,
esencia de bergamota.
Después, y es lo emocionante,
se fric en aceite fino
de maní ó bien de ricino,
que es mejor, porque es purgante.
Se quema con aguardiente
su superficie dorada
y enseguida, se traslada
de la sartén á una fuente.
Luego, con muy buenos modos,
se cubre de miel espesa;
luego se sirve en la mesa...
y luego revientan todos.

EL ORO



- Dije ayer á mi sirviente:
— Ve y pregunta á Don Eloy,
el cambista que hay enfrente
á como está el oro.
— Voy.

Y fué ligero cual gamo
y dijo así, en su desdoro:
— Vengo de parte del amo
á saber cómo está el loro.

LA CARRETA



Son los últimos vestigios que quedan de una civilización que se va, empujada por el avance impetuoso de la locomotora que, avanzando en todas direcciones por la llanura rayada de carriles, lleva hasta las lejanías de la patria la palpitación material é intelectual de su progreso.

El vehículo de nuestros bisabuelos ha quedado relegado al papel de simple transportador de los productos de la huerta y tiempo llegará en que nuestra carreta nacional, arrastrada por dos yuntas de bueyes bonachones que aguijoneados por la picana del conductor no salían de su paso vacilante, pasará á la categoría de leyenda y será admirada en los museos por las generaciones venideras.

Y entonces, los que sepan que las carretas hacían sus campamentos en nuestras plazas públicas, que atravesaban las calles de la metrópoli produciendo en el ruido peculiar de sus chirridos el anuncio de su arribo, cuando recuerden que no había otro medio de transporte, comprenderán la inmensa distancia recorrida en poco tiempo y sabrán apreciar mejor, quizá, la ímproba labor de los que viviendo en aquellas fechas vislumbraron la grandeza futura de esta tierra y prepararon el terreno para que germinaran al par que los océanos de trigo, la simiente potencial de las ideas.

CASIMIRO PRIETO COSTA

¡MUERTA!...

Después de haberla ultrajado,
creyendo su falta cierta,
cayó su cuerpo adorado
sobre un sofá, desplomado,
y exclamé: — ¡Dios mio! ¡muerta!...
Su rubio cabello, suelto,
cubrió, para más decoro,
su cuerpo gentil y esbelto
que quedó, al caer, envuelto
en una mortaja de oro.

Puse, con honda emoción,
mi mano en su corazón
y la aparté, estremecido,
al notar que ni un latido
respondía á mi pasión.
Loco y alentando apenas,
caí á sus piés de rodillas
y, para colmo de penas,
ví trocarse en azucenas
las rosas de sus mejillas.

Con mano torpe é insegura,
acerqué un pomo de sales
á su nariz fina y pura,
sin ver que diese señales
de animarse la escultura.

— ¡Si aún vives, si no deliro.
si no es cierto lo que miro,
grité, olvida mis agravios!...
Y no entreabrió ni un suspiro
la mustia flor de sus labios.

Sin ti no quiero la vida,
clamé con voz dolorida;
ya que te contemplo inerte,
en esta estancia escondida
nos desposará la muerte.

Orne ya tu mano helada
esta joya de valor

que semeja, ¡oh, mi adorada!
 una lágrima de amor
 en áurco anillo engarzada.

Quiero, en mi postrar instante,
 aunque en tu mudo semblante
 fríos desdenes simules,
 que luzcas este diamante...
 Y abrió los ojos azules.

CASIMIRO PRIETO.

LA SAL

En la pila bautismal,
 para que sea cristiano,
 el cura, con pía mano,
 al hombre pone la *sal*.

Y aquí una duda me acosa:
 Si es ya un ángel al nacer,
 ¿se la pondrá á la mujer
 para que no sea *sosa*?

EL LEGADO DE MI TÍO

Al morir, de puro viejo,
 mi tío don Pantaleón
 — "Sobrino del corazón —
 me dijo, pues no te dejo,
 al partir de este planeta,
 donde he sido un Epicuro,
 en prenda de afecto puro
 ni una mísera peseta,
 te indicaré, y no te asombre,
 cómo se obtiene en verdad,
 la mayor felicidad
 que es dado alcanzar al hombre".

Sintió, un fuerte escalofrío,
 tosió estrepitosamente,
 y pasado el accidente,
 así prosiguió mi tío:

— "Componen, querido Juan,
 por misteriosas razones,

los tontos y los bribones
toda la prole de Adán,
y en este mundo menguado,
imperio de Lucifer,
forzosamente hay que ser,
engañador ó engañado.
Sabiendo aquí mucho todos,
casi todo lo ignoramos,
y todos nos engañamos,
por varios y lindos modos.
El sabio por vanagloria,
y el trucha por explotarte,
de seguro han de tratarte
como á otro bobo de Coria.
Si en ello ventaja vieres,
á uno y á otro engañarás,
pero sólo dejarás
que te engañen las mujeres.

Sigue mis terrestres huellas,
y entiende que para mí
la mayor dicha está aquí,
en que nos engañen ellas.

Y no te aflija ni inquiete
pensar que, si bien se mira,
es la tal dicha mentira,
que en el mundanal sainete
tiene el último simplón
por cosa ya muy sabida,
que si es un sueño la vida,
los sueños mentira son".

Como si al dar tal consejo
se le hubieran acabado
las fuerzas, quedó alelado,
y se murió el pobre viejo.

Mas en vano me legó,
en pocas frases, la esencia
de la preciosa experiencia
que en este mundo adquirió,
pues con tal suerte nació
que no he podido encontrar
ni prójimo á qué engañar
ni hembra que me engañe á mí.

JUAN DE LAS VIÑAS.

EL ROSARIO



Acabo de ver, Manuel,
un rosario, que es precioso,
¡vamos! sé más generoso
y manda á'l punto por él.

— Bueno, mujer ya que alientas
fervor tan extraordinario
que te traigan el rosario
pero, ya sabes... sin *cuentas*.

Gedeon, en el Concurso

Leía Gedeón atentamente,
yendo en el tren, las bases del concurso
de Escasany y se dijo de repente:
— Si tomo parte en él, y, felizmente,
á fuerza de pensar, doy en el clavo,
con el premio me haré de un buen recurso,
que á nadie viene mal, al fin y al cabo.
Luego siguió con aire pensativo:
— ¿Un nombre breve, eufónico, expresivo,
para la casa? ¡Córcholis! convengo
en que la cosa es algo peliaguda;
mas á ceder el lauro no me avengo:
pidió á su ingenio inspiración y ayuda
y al fin gritó gozoso: ¡ya lo tengo!
Si hay allí en joyería
y relojes y objetos de valía,
que por su mucha variedad no nombro,
y en los cuales la vista se recrea,
una abundancia tal, que causa asombro,
desde hoy, en vez de Casa de *Escasany*,
nombre impropio, pues, nada allí escasea,
la debemos llamar... de *Abundantany*.





Más de una ruidosísima² conquista
debe á los ESCASANY, segun creo,
pues, no existe en el *pago* al ver su arreo
corazon de mujer que le resista.



ESCASANY
HERMANOS



BUENOS AIRES

F. PRIETO